

EL ESCUDO CATÓLICO.



PERIÓDICO RELIGIOSO-MORAL, CIENTÍFICO-LITERARIO.

Sale este periódico los días 15 y último de cada mes, y consta de 4 pliegos ó sea 32 páginas con 64 columnas de buen papel y esmerada impresion, a cuyo efecto se reparará una hermosa cubierta de color impresa con el núm. 1.º de cada semestre.

Se suscribe en esta Capital en la librería de Ruiz llevado á domicilio, 12 rs. por 3 meses, 22 por 6, y 40 por todo el año.

Fuera de Logroño franco de porte, en las principales librerías 15 rs. por trimestre, 27 por semestre y 50 por todo el año.

Seccion 1.ª

ESTUDIOS APOLOGETICOS.

Dios.

V.

LA PROVIDENCIA VINDICADA.

Desde el globo refulgente que brilla en el firmamento hasta el humilde lirio que está como olvidado en el valle, todas las criaturas se cuentan unas á otras las maravillas de su Hacedor, y todas cantan la Providencia de Dios. El universo con todas sus armonías anuncian con elocuentes voces la Providencia de Aquel, que con una simple pero omnipotente palabra á todas sacó de la nada. La Providencia explica perfectamente la constante regularidad y encadenamiento que entre sí guardan todas las ruedas de la inmensa máquina del uni-

verso, todos los anillos de la ordenada cadena que une el cielo con la tierra. La Providencia explica maravillosamente la historia del género humano como una magnífica epopeya. Todos los pueblos en que está dividida la gran familia humana, entonan himnos concertados á la Providencia divina.

Entre tantas voces unisonas, se levanta la discordante voz del Deísta y escéptico, que amontonando blasfemias sobre blasfemias, se atreve á perturbar aquel concierto musical, y por no tener un oído bastante fino, ni comprender algunas notas mas esquisitamente armónicas, niega osado la Divina Providencia. Tengamos la paciencia de escuchar sus blasfemias, para que al confundirlas brille mas y mas el orden providencial, que ya hemos demostrado: porque es indudable que muchas veces los errores contribuyen á hacer resaltar la verdad, así como las sombras hacen resaltar los colores, y la oscuridad dá mas brillo á la luz.

Cómo Dios ha de tener (dicen los racionalistas) el penoso cuidado de atender á cada momento á los insectos que nacen, á las yerbas que brotan, á los infinitos pensamientos y deseos que cruzan por la mente, y brotan del corazon de cada uno de los hombres?

Pero es Dios como vosotros, cuya vista es tan limitada, y cuya atencion se fatiga con el mas pequeño trabajo? Dios que todo lo llena con su inmensidad, que todo lo puede, cuya ciencia lo abarca todo, en el que no hay tiempo ni sucesion, á todo se halla presente: siendo esencialmente un acto, jamás se cansa ni fatiga. Se cansa por ventura el Sol de iluminar la naturaleza? Y el criador de millones de Soles, el Sol eterno se ha de cansar de iluminar con su indeficiente luz á todas las criaturas? Cómo se ha de cansar de ver los objetos aquel ojo inmenso siempre abierto, y en el que todos se hallan pintados?

Pero es indigno de Dios, continúan, el ocuparse de criaturas tan débiles, tan imperfectas, *de minimis non curat prator*.

Esta blasfemia supone otra blasfemia; supone, que es indigno de un padre, de un maestro, de un médico, de un Rey ocuparse de sus hijos, discipulos, enfermos y gobernados. Cuanto mayor cuidado estienda un director aun en las cosas de menos importancia, tanto mejor cumplirá con su mision: las historias celebran aquellos grandes hombres que sin desatender los negocios de mas cuantía, tenían tiempo para atender á objetos que parecian mas pequeños. El restaurador del imperio de Occidente, el fundador de nuevas universidades, el hombre grande que, tendiendo sus dos brazos, detenía en el Norte y el Medio dia los últimos egércitos de una

invasion de seis siglos, Carlo Magno en fin, arreglaba con su esposa las cosas domésticas. Cuanto no se ha elogiado el cuidado, la providencia administrativa de Napoleon, por que arreglaba las rentas, y los espectáculos, la guerra y las modas, la suerte de los Reyes y de los agentes de policia, y porque desde el Kremlin data un reglamento de teatros, y el dia de una batalla hace prender algunas mugeres en Paris?

Los Reyes, y los grandes rectores no se ocupan de lo menos importante, porque no son bastantes á estender su aplicacion á todas las cosas: no es empero indigno de ellos, el estenderla cuanto puedan; por el contrario; cuanto mas solícitos se manifiestan, mayor dignidad y gloria se adquieren. Véase pues como no es indigno de la Magestad de Dios el ocuparse del Gobierno universal con universal Providencia. Por otra parte, la conservacion del mundo no es sino una continua creacion; pues sino ha sido indigno de Dios el crear, por qué seria indigno continuar esta creacion? Sino fue cosa indigna de Dios el formar y arreglar los ojos del hombre para que dirigiese sus pasos, sus oidos para que se gobernase por las voces, estruendos &c. y la inesplicable armonía del cerebro con el alma, sería cosa indigna que esos ojos, esos oidos, y esa cabeza obren en los movimientos esternos é internos segun el plan que él mismo ideó cuando los formó? Hubiera sido indigno de Vaucanson, que este quisiese que sus admirables máquinas se moviesen segun el plan que él se propuso?

Mas esa desigualdad, replica el céptico, esa desigualdad de dones, de clases y condiciones; esa inteligencia que brilla sobre la frente de algunos hombres privilegiados, y esa incapacidad que se nota en otros, mas pareci-

dos á bestias que á la especie humana; esas riquezas tan mal distribuidas, esa espantosa miseria en que yacen la mayor parte de los hombres, esas diferencias tan remarcables, prueban que todo marcha á la ventura, sin órden y sin regularidad alguna. ¿Cómo es posible que bajo un Dios sabio y bueno haya unos que tanto gocen y otros que padezcan tanto?

Con que se desearia que todos fuesen igualmente ricos, igualmente robustos, igualmente sábios?

Pero porque Dios, Soberano absoluto de todo, ha de estar obligado á una absoluta igualdad en la distribucion de sus dones? Qué derecho hay en ninguna de las criaturas para exigir de la Divinidad estas ó las otras cualidades? Tiene derecho la piedra para quejarse porque no se le ha dado la organizacion de la planta, ni esta por que no se le ha dado la sensibilidad del animal, ni el animal porque no está dotado de la inteligencia del hombre, ni el hombre porque no es tan perfecto como el ángel? ni tenia Lucifer motivo para quejarse porque no era semejante á Dios? No. La existencia de cada una de las criaturas es un beneficio puramente gratuito, que han recibido de la liberalidad de Dios: en vez de murmurar por los dones que nos reusa, todos debemos bendecirle por los que nos otorga. La infinita variedad de seres sensibles de que se compone el mundo material contribuye á dar belleza á las hermosas escenas con que se decora toda la naturaleza: Habria tan agradables contrastes si todos los peñascos fueran mármol, todos los animales leones, todos los elementos fuego, todos los árboles cedros? Pues por qué no ha de haber esta misma variedad en la unidad, esa unidad en la variedad del mundo intelectual y moral, que constituyen la riquísima y

variada trama de la historia? Haced que todos los capitanes sean Alejandro y Anibales, que todos los filósofos sean Platones ó Descartes, que todos los oradores sean Demostenes ó Bossuet, que todos los poetas sean Homeros ó Tassos, y desaparecerán los grandes espectáculos de la tierra. La Divina Providencia con esta desigualdad de talentos, de fuerza y de dones, sabe hacer resaltar la armonía mas perfecta: de esta diversidad de caracteres y condiciones, brotan las mas heroicas virtudes. Qué hermoso es ver al rico despojarse por favorecer al indigente! Pero sin la riqueza de unos y sin la pobreza de otros, desaparecería el brillo de la liberalidad; sin desvalidos y huérfanos, no habria generosos protectores, las privaciones y trabajos presentan el ejemplo de la paciencia; la modesta humildad resalta en la superioridad del talento y la virtud. Por otra parte, esa igualdad que tanto se desea, esos bienes de que algunos están privados, quién sabe, si para ellos serian un germen de funestisimos infortunios? Será vituperable un médico porque prohiba al enfermo algun manjar gustoso, si conoce que éste ha de agravar la enfermedad? Es censurable un padre que viendo á su hijo jugar con una arma mortífera se la arrancase de las manos? Pues asi se conduce la Divina Providencia. A ninguno de sus hijos abandona; si á algunos priva de ciertos bienes, es porque causarian su ruina.

Pero es, que, dice el incrédulo, no solamente faltan á todas las criaturas muchos bienes, sino es que sufre numerosos males; el dolor es el compañero inseparable del hombre; su frente suda gotas de sangre, la tierra está llena de espinas, sus ojos están siempre humedecidos por su continuo llanto, el frio paraliza sus miembros,

el calor lo abate, la enfermedad lo postra: la tierra es un verdadero valle de lágrimas. Si Dios, que debiera ser un padre bondadoso, gobernase el mundo, ¿como el hombre habia de ser tan miserable?

Si: el hombre no es completamente feliz: padece muchas miseras y trabajos: bien podriamos dar á esta objecion la solucion católica que nos dan los santos libros; á saber: que el hombre no ha sido criado para habitar perpetuamente la tierra, y por consiguiente, que aca bajo nunca podrá encontrar la verdadera felicidad; que la inmensa suma de males que abruman á la humanidad procede de la prevencion primitiva, que produjo grandes perturbaciones, fisicas juntamente con el desorden moral; pero tratando con racionalistas, prescindiremos de esta sublime solucion; limitándonos á un raciocinio puramente filosófico. El hombre, por ser criatura, es limitado en todo lo respectivo á su sér. Su entendimiento no puede abarcar todas las verdades; su poder no es suficiente á dirigir á su gusto toda la naturaleza: es una cosa muy natural que el hombre no sea infinitamente perfecto ni en talento, ni en fuerza. Ahora bien: por qué exigir que sean completos sus placeres, y su salud? Supongamos un hombre sobre cuya cabeza afluyan todas las prosperidades imaginables por espacio de 20 ó 30 años; si pasado este tiempo experimentase una leve indisposicion, un ligero dolor de cabeza; por un solo momento que padece, desconocerá la bondad de la Divina Providencia? por qué un insecto le picase, debería quejarse de Dios que no aniquilaba tal monstruo? Si Dios, sin dejar de ser justo y bueno puede permitir un instante de dolor, por qué no una hora, y un dia? y un solo dia, una hora, un solo instante es

todo lo que se puede padecer comparado con las delicias eternas á que está destinado si hace buen uso de su libertad, como enseña la sana filosofia. Tambien haremos observar que en estas infundadas quejas se hace el recuento siempre algo exagerado de los males, sin advertir, que son en mayor número los bienes, y los placeres.

Pintense como se quiera las desgracias de los hombres; cuéntense gota á gota todas las lágrimas que han deramado los ojos de todos los mortales; hágase el retrato de un hombre de dolores; estamos en la firme persuasion que serán siempre muy pocos los que prefieran la nada á la existencia. Las sensaciones gradables, y afecciones de alegria son á no dudarlo mas frecuentes en el curso ordinario de la vida; los males mismos son casi siempre templados con el bálsamo de la esperanza. El hombre, se dice, es infeliz; pero si la mayor parte de sus infortunios son obra suya, por qué atribuirlos á Dios? Sea el hombre mas moderado, mas sabio, menos violento, y se librará de la mayor parte de las calamidades que lo afligen.

Pero el caso es, oponen los racionalistas, que en esta tierra de injusticias é iniquidades todo se halla trastornado; siendo la felicidad el patrimonio de los perversos, guardándose para los virtuosos toda clase de infortunios: por todas partes se pasea triunfante el vicio, y humillada y perseguida la virtud.

Y esto qué prueba, diremos nosotros? prueba un plan de Providencia mas vasto; prueba, que no todo acaba en esta tierra; que hay una vida futura, por confesion de todos los pueblos, en la que todo entrará en un órden perpetuo; donde cada uno recibirá segun sus obras: qué Dios castiga muchas veces estrepitosamente el cri-

men aun en este mundo para que no dudemos de su providencia: y no lo castiga siempre para que no dudemos de la vida futura. Acéptese esta vida de ultratumba con castigos sin fin y premios eternos; y vereis un plan, un orden de providencia mas sabio.

Mas ni siquiera hay necesidad de recurrir á la otra vida.

Porque no es cierto no, que la virtud es mas desgraciada sobre la tierra que el vicio. Hagamos un pequeño inventario de las calamidades que pesan sobre la humanidad. Hay males que son comunes á todos los hombres, la debilidad en la niñez, los achaques de la vejez, los asaltos de la muerte. En esta parte iguales cuando menos son las suertes; y lo mismo afirmamos de los goces y alegrías. Se podrá citar un hombre perverso que aparecerá dichoso, obteniendo en la sociedad una posicion ventajosa, y disfrutando de la felicidad doméstica; mas tambien se podrá citar otro virtuoso, rodeado de las mismas consideraciones; y vemos ya otra vez restablecido el equilibrio. Si hombres irrepreensibles y virtuosos se ven agoviados de trabajos, en el reverso de la medalla se nos representarán hombres criminales oprimidos con mayores infortunios:

Los virtuosos por serlo, no deben librarse de los males que afectan á la humanidad en general: el pretender esto seria obligar á Dios ha hacer continuos milagros. Si muchas personas „observa Balmes, van por un camino de hierro, y entre ellas se encuentra una ó mas de señalada virtud, claro es que si sobreviene un accidente, Dios no hade enviar un ángel para que ponga en salvo de una manera extraordinaria á los viajeros virtuosos. Si pasan dos hombres por la calle, uno bueno, otro malo, y se desploma una

casa sobre sus cabezas, los dos quedarán aplastados: las paredes, vigas y techumbres, no formarán una bóveda sobre la cabeza del hombre virtuoso. Si un aguacero inunda los campos y destruye las mieses entre las cuales se hallan las de un propietario virtuoso, nadie exigirá de la Providencia, que al llegar las aguas á las tierras del hombre justo formen un muro como en otro tiempo las del mar rojo. Si una ciudad sufre los horrores de un asalto, la soldadesca desenfrenada no dejará de atropellar la casa del hombre justo como atropella la del malvado.

Asi que semejante estadística no es favorable á los malvados. Son muchas las enfermedades y miserias que sin disputa proceden del vicio. El malvado es desarreglado, imprudente colérico vengativo, &c. Todos estos vicios son otros tantos venenos que emponzoñan su cuerpo y su corazon; las virtudes opuestas eximen al justo de las enfermedades de que aquellos vicios son origen. Hay una clase de penas sobre las que debe fijarse la atencion, si se ha de comparar y apreciar la suerte del justo y del perverso. Tales son los castigos registrados en los códigos penales, y aplicados por los tribunales humanos. Ordinariamente, quién sufre estas penas, el inocente ó el culpable? El encierro perpetuo, los trabajos forzados, la vergüenza pública, un afrentoso patibulo; he aqui el término de los grandes delinquentes despues de una carrera azarosa, llena de sobresalto y de peligros. No negamos que alguna vez el justo es inicuaamente perseguido y condenado; mas esta es una escepcion de la regla general; en el curso ordinario de las cosas, la cuchilla de la ley y los golpes de la justicia no caen sino sobre los delinquentes. Si se habla de aquellos malvados que tan

astutamente saben cometer sus delitos, que consigan sustraerse á la accion de la justicia humana; y que atropellando los fueros de la moral, insultan á sus víctimas con la seguridad de quedar impunes, no creemos que sean mas felices que sus víctimas; la constante esperiencia del fin desgraciado de estos ha producido la conviccion de que tarde ó temprano les alcanza la divina justicia; y se oye al vulgo repetir; maldicion del Cielo, castigo de Dios: No importa que semejantes hombres afecten una calma y dicha envidiables; está solo en lo exterior, no en el interior; su corazon quizás se halla destrozado por una pena cruel que lo devora. No por que posea tesoros en los bancos nacional y estrangeros, ni desahogue algunos momentos sus pasiones; ni por que resuene su nombre con celebridad europea, será feliz, si en su corazon ruge alguna tempestad; si la tristeza ha fijado su asiento en lo mas íntimo del alma. Al que siente acerbos dolores, al que está agoviado de pesares, cancerado por honda melancolía, de qué le servirá ni la magnificencia del palacio y doradas carrozas, ni el oropel de los honores ni el humo de la adulacion. ? Ahora bien: la práctica de la virtud armoniza perfectamente las facultades del hombre: el vicio perturba esta armonia, debilita la salud, abrevia los dias de la vida, altera la paz doméstica, apaga los sentimientos nobles y generosos; y el hombre criminal y voluptuoso, marchando por un camino cubierto de flores, se lastima á cada instante con las agudas espinas del remordimiento de la agitacion y de los celos, hasta que llega al umbral del sepulcro, y de las manos del vicio que lo atormentó va á parar á las del sepulturero que lo entierra. Llenas están las historias de ejempls, en que se nos manifies-

tan ya la visible mano de la justicia divina precipitando á los criminales á un abismo de miserias, ya á los grandes criminales quejándose de su desgraciada suerte en medio de la opulencia, sin poder dormir sobre blandos lechos, y sin poder saborear los mas exquisitos manjares. Por donde se ve que si la Providencia Divina ha querido permitir muchas iniquidades, tambien ha querido que aun en esta vida se hiciese palpable la terrible ley de la espiacion.

Si los malvados tienen algunos instantes de felicidad; las almas virtuosas disfrutan unas delicias mas intimas y duraderas: los santos placeres que el cenobita disfruta en la concavidad de su peña, y el misionero en sus escursiones apostólicas, y la hermana de la caridad á la cabecera del enfermo, y la pobre religiosa en la estrechez de su claustro, y todo justo en el fondo de su corazon, son unos placeres, que constituyen la verdadera dicha y que nadie puede arrebatárselos. Y en los males á que están espuestos unos y otros, quiénes sufren mas, los malos ó los virtuosos? De qué pechos salen suspiros mas hondos, gritos mas lastimeros, dolores mas agudos? Por quiénes son cometidos los innumerables suicidios que con tanta frecuencia nos cuentan los diarios? por viles y cobardes, á quien se les hace insoportable el acibar que llevan mezclados sus placeres. Abordemos ya la última dificultad.

Cómo es posible, se dice, que un Dios Santo, bueno, justo, sábio y provido haya permitido tantos crimines y desórdenes, que tan fácilmente podia evitar, y que son el azote del mundo?

Ingenuamente confesamos, que la cuestion sobre el origen del mal moral es el problema mas terrible y es-

pinoso que se ha presentado en el campo de las discusiones; todos los filósofos y teólogos se han ocupado de él en todos los siglos; y desde Moises hasta Proudhon viene agitando no solo los entendimientos, sino conmoviendo las sociedades; confesamos también, que no se dispararán las tinieblas que envuelven este misterio, hasta que acabados los tiempos, una vivísima luz esclarecerá la historia del género humano, y desarrollándose la serie de los acontecimientos desde la creación hasta la renovación final, veremos las obras de la justicia y misericordia combinadas y hermanadas bajo el inevitable plan trazado por la sabia Providencia. Pero la nube misteriosa que nos oculta ahora el conjunto del plan, será motivo para que lo neguemos? El mal existe, la Providencia existe: miles de pruebas nos lo atestiguan: se habrá de negar, porque no alcancemos á aclarar y resolver ciertas dificultades? Si en una máquina complicadísima observais una combinación concertada de movimientos, y no comprendéis el uso de una rueda que os parece perturbar aquellos movimientos, negareis por esto el plan general de semejante máquina, ó por mejor decir del artífice que la ideó?

Veamos, empero, si puede derramarse alguna luz que haga ver que nada tiene de incompatible con la santidad la Providencia de Dios que dirige la suerte de los mortales. No somos nosotros los que vamos á hablar, es un filósofo católico de nuestra España, el malogrado Donoso Cortés. Oigase como espone y resuelve la objecion.

«Si en la libertad del hombre, dice, está el secreto del pecado, de la muerte y de la condenacion, cómo se compadece con la infinita bondad del Dios infinito ese funestísimo don que

viene henchido de desventuras, y preñado de catástrofes? Cómo llamaré á la mano que me lo dá, misericordiosa ó airada? Si es una mano airada, por qué me dió la vida? Por qué me la acompañó con carga tan grave, si es misericordiosa? La llamaré justa ó solo fuerte? Si es justa, qué habia hecho yo antes de ser para ser asunto de sus rigores? Y si es solo fuerte, qué hace que no me pisa ó no me quiebra? Si pequé por el uso del don que recibí, quién es el autor de mi pecado?...»

Así habla, vueltos los ojos encendidos hácia Dios, el genio del orgullo y de las blasfemias... ¡El hombre hechura de Dios cita ante su tribunal al mismo Dios... Y las blasfemias llaman á otras blasfemias, como el abismo á otro abismo...

Ignorais el por qué de ese don tremendo de escoger entre el bien y el mal, entre la santidad y el pecado; entre la vida y la muerte? Pues negadla por un solo momento, y en ese mismo momento haceis de todo punto imposible la creación angélica y la creación humana. Qué quiere decir el hombre cuando dice, no me valiera mas no haber nacido? existia por ventura, antes de existir?... Si pregunta, por qué soy lo que soy? esta pregunta se resuelve en esta otra; por qué soy con la facultad de perderme? la cual es absurda por cualquier lado que se la mire. En efecto, si toda criatura en el hecho mismo de serlo, es imperfecta, el que esa pregunta hace, viene á preguntar, por qué el hombre es una criatura, ó lo que es lo mismo, por qué la criatura no es el criador, por qué el hombre no es el Dios que crió al hombre; *quod absurdum*.

Y si no es esto lo que se quiere decir, si lo que únicamente se dice con esa pregunta es, porque no me salvas

á pesar de mi facultad de perderme, el absurdo está mas claro todavia. Por que, qué significa la facultad de perderse dada al que no ha de perderse nunca? Si el hombre hubiera de salvarse de todas maneras, cual seria el objeto final de la vida en el tiempo? Por qué no comienza y se perpetúa en el paraíso?.

Si el hombre debió pasar sin transicion á la eternidad, de la nada, y vivir desde el momento que vivió vida gloriosa, queda suprimido el tiempo y el espacio, y la creacion entera. Si su Reino no habia de ser de este mundo para qué este mundo? Sino habia de ser temporal, para qué el tiempo? Sino habia de ser local, para qué el espacio? Y sin el tiempo y el espacio, para qué las cosas creadas en el espacio y en el tiempo?...

Por último, si se considera atentamente este negocio gravísimo, se verá claro, que no pudo convenir á las divinas escelencias salvar al hombre sin anterior merecimiento. Todo en Dios es razonable: su justicia como su bondad y su bondad como su misericordia... De donde se sigue que no es posible atribuir á Dios sin blasfemia, ni una bondad, ni una misericordia, ni una justicia, que no tenga sus fundamentos en la soberana razon.... La bondad que no es razonable, es flaqueza: la misericordia que no es razonable, es debilidad; la justicia que no es razonable, es venganza: y Dios es bueno, misericordioso y justo... Esto supuesto, que es lo que se intenta cuando se le pide en nombre de su infinita bondad la salvacion anterior á todo merecimiento? Quién no vé aqui que lo que se le pide es sin razon, puesto que lo que se le pide es una accion sin su motivo y un efecto sin su causa? ¡Contradiccion singular! El hombre pide á Dios en nombre de su infinita bondad aquello mismo que con-

dena diariamente en el hombre en nombre de su razon limitada. Y llama en el cielo obra misericordiosa y justa aquello mismo que llama diariamente en la tierra capricho de muger nerviosa, ó estravagancia de tiranos.»

Por estas elocuentes y profundas observaciones se ve, que Dios no estaba obligado á impedir el abuso que el hombre ha hecho de su libertad; que siendo el hombre inteligente y libre, debia tener la facultad de elegir ó rechazar su felicidad; que ha debido pasar por alguna prueba ántes de recibir al premio final; que no deben considerarse aisladamente los atributos divinos, y que en el sistema de los racionalistas, ó la inteligencia y libertad lejos de ser beneficios, son el mas funesto presente, ó que sin mérito, sin motivo alguno, se premiase con premio inenarrable al género humano, suprimiendo el tiempo, el espacio, y toda la creacion sensible.

Puede añadirse, que de la permission del mal sabe Dios sacar muchísimos bienes. Ya hemos hecho notar que la virtud brilla mas al lado del vicio, asi como la tempestad hace brillar mas el esplendor de un hermoso dia. Al lado de la avaricia, se ostenta mas refulgente la generosidad; el pudor virginal resalta mas hermoso al lado del cinico libertinage. En el mundo físico como en el moral hay ciertas clases de sublimes bellezas que nacen de las oposiciones y contrastes.

Ya le hemos advertido antes; jamás la razon filosófica podrá disipar todas las nieblas en que viene envuelto el problema del origen del mal; aunque si puede demostrar la Providencia, y contestar á cuantas dificultades se opongan. Pero la razon Católica nos coloca en puntos tan elevados, que desde ellos podemos descubrir con mayor claridad el armonioso plan de la Pro-

videncia. El catolicismo nos traslada al principio de los tiempos; y nos dice: el hombre primitivo, el hombre salido de las manos de Dios no era lo que es hoy; era incomparablemente mas perfecto. Todo lo sabia, sobre todo dominaba; todo le obedecia; ningun mal le aquejaba, y hasta tenia el don de la inmortalidad; todos estos dones se le perpetuarían, si él obedecia á su criador; y el hombre ingrato se reveló contra Dios, y Dios le despojó de aquellos dones: y ved aqui la esplicacion de todos los males que afligen á la humanidad.

Nos traslada á la cima del calvario, y nos dice: *ecce homo Deus*, ved al hombre Dios, que compadecido de tantos males, y cargando sobre sus hombros todos los pecados, ha convertido en *feliz culpa* la primitiva prevaricacion: y de este modo se explica la permission del mal moral. Nos traslada al Cielo y al infierno; y dice: ved lo que os está preparado: ó delicias inefables por toda una eternidad, ó acerbísimos tormentos sempiternos; y así se explica la aparente injusticia que os chocaba é irritaba en el triunfo y dicha de los malvados, y abatimiento y desgracia de los virtuosos: ni de unos ni de otros se olvidaba la Divina Providencia. *Attingit á fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* (1)

(1) Sobre el origen del mal puede consultarse el Diccionario de teología por ab Abate Bergier. El tratado mas claro y metódico que hemos visto sobre esta cuestion nos parece el del Abate Nonote en su Diccionario filosófico de Religion, obra escelente, que San Alfonso de Ligorio deseaba se imprimiese en todas lenguas, para que la leyese todo el mundo cristiano; y obra que mereció un Breve encomiástico del Papa Clemente XIII.

Seccion 2.ª

ASUNTOS MORALES.

SOBRE LA MENDICIDAD Y LOS MENDIGOS.

(Conclusion.)

Al separar los economistas el sentimiento católico de sus investigaciones, se condenaron á una esterilidad de conceptos y á una impotencia tal, que forma un doloroso contraste con las pomposas ventajas de prosperidad pública y progreso indefinido que nos prometían; y comenzaron á ser imposibles las soluciones de muchos problemas sociales, que solamente aquel sentimiento podia resolver. Pues aunque es verdad que las sociedades no tienen por objeto el otro mundo, no es menos verdad, que el tenerlo los individuos de que se compone, allana en muchos casos el camino para socorrer algunas necesidades, que sin aquel fin, no lo serían sino muy imperfectamente. Si de esto se prescindiese, crecen por una parte los males, y se disminuyen por otra los medios de aliviarlos.

En ningun asunto se podrá ver esto mas palpablemente que en la cuestion de la mendicidad. La mendicidad en el sentido católico es cosa natural, y de facil remedio, que no causaba peligros á la sociedad; y por consecuencia ni siquiera era cuestion ó problema, salvo algunos casos en que circunstancias imprevistas hicieran necesaria alguna providencia transitoria. Pero cuando la mendicidad, de condicion accidental de la vida práctica y cristiana, se convirtió en consecuencia necesaria de no sé que nuevos sistemas; cuando, de objeto de piedad, se cambió en materia de dispu-

tas doctrinales por parte de hombres incrédulos y medio ateos; entonces la mendicidad se transformó en un azote social, en un monstruo espantoso, en un espectro sanguinario, para aumentar el cual, no hubo remedio por dispendioso y cruel que fuese, que no adoptasen nuestros *filantropos*. El mendigar no es cosa nueva en el mundo. Los sistemas modernos no tienen seguramente el mérito de procurar el remedio á una necesidad abandonada por nuestros antepasados; pero los sistemas modernos, en cuanto tienden á debilitar el sentimiento católico, y aun lo suponen como enteramente amortiguado, ha hecho crecer estruendosamente el número de los mendigos; y obligados á proponer el remedio, no han sabido pensar sino en *Depósitos, tasas, burocracia gendarmes*, y todas las demas invenciones con que el hombre sobervio pretende remedar *las obras de Dios*, y sustituir las ficciones de sus cerebros á las condiciones naturales de una sociedad, que el hombre puede destruir, pero que no ha formado.

Con estudio hemos dicho *las obras de Dios*, sin escluir, antes incluyendo espresamente la pobreza y *mendicidad*, que no son las menos admirables si se consideran las maravillosas armonías morales que resultan de las riquezas y la pobreza. *Dives et pauper obviaverunt sibi*; y no por casualidad se encuentran en el camino de la vida. Dios mismo hizo las dos: *constituyó las dos: utriusque operator est Dominus*. Esta voz *operator* indica algo mas que el simple hacer: añádese el consejo, el propósito, la intencion, algun fin determinado, que en el caso presente debe ser el egercicio de preciosas virtudes. Mirada bajo este aspecto la *mendicidad*, y supuesto en un pueblo el conocimiento y la práctica

del Evangelio, en aquella mediocre medida que moralmente se puede esperar de hombres ayudados de la divina gracia, esto supuesto, decimos, no habria que temer que un gran número se sustragese á la ley universal del trabajo, aceptándola como un deber impuesto por Dios y como un medio de evitar la corrupcion que generalmente acompaña á la vida ociosa.

Mucho menos habrán de temerse ficciones y mentiras para hacerse con una limosna no necesaria, y que indirectamente disminuirían los subsidios destinados por la caridad á la verdadera necesidad. Y nótese que no decimos que en un pueblo cristiano no habria mendigos ociosos y fraudulentos; decimos si, que en tal pueblo serian muy raros, y jamas podrian ocasionar un grave peligro de perturbacion social.

La limosna que se dé al mendigo sin otro objeto que el de quitarse de delante la pena que causa un importuno, es muy distinta de la que se dá por compadecerse de los males ajenos; por que esta, anima, enseña, conforta, mata la miseria en su germen, que las mas veces se esconde mas que en el vicio, en el abandono, en el desaliento, en la soledad y aislamiento de las personas necesitadas. Es pues manifesto, que por esta vía, no solo se proveeria á la necesidad, sino es que insensiblemente se disminuiria el número de los necesitados, efectos que en vano se esperarán de los medios burocráticos y gubernativos, que por poderosos que sean, no pueden tener ningun efecto saludable en las conciencias de los socorridos; y es este asunto de tal indole, que si no encuentra remedio en el afecto y conciencia, no lo hallará sino muy manco é incierto. De aquí se puede inferir, cuan diferentes, y estabamos para decir, cuan opuestos son los medios

que adopta la caridad á los que recomiendan la filantropía. La caridad quisiera ver las dos condiciones de pobres y ricos mezcladas entre sí como obras del mismo padre comun; quisiera que los bien acomodados visitasen en sus casas á los pobres, buscasen á los necesitados, indagasen las causas de su pobreza, les dirigiesen palabras amigas, les inspirasen consejos prudentes, los animasen con la esperanza del cielo, y los exortasen á la resignacion con las palabras y con el ejemplo: justamente como lo practican las admirables Conferencias de San Vicente de Paul. La filantropia al contrario, mira á los pobres y ricos como si fueran dos pueblos muy distintos, y los quisiera enteramente separados; amontonados los mendigos en un *Depósito*, sin que los ricos tuvieran que pensar sino en pagar en tiempos determinados su cuota de socorro, como se paga cualquiera otra contribucion. Este segundo medio, no lo negamos, seria el mas cómodo para los sibaritas del siglo, cuyas refinadas delicias no serian turbadas por la vista de los andrajosos y hambrientos. Si este es el objeto de los economistas, nada tenemos que replicar: cumplen su mision admirablemente; aunque no tuvieramos otras pruebas, basta el ejemplo de un pais donde el epicureismo de los que gozan, y la horrible miseria de innumerables mendigos, se hallan tan seperados, que los primeros nada saben, en nada son molestados por los segundos, ni aun sabrian si estos existen á no ser por *la tasa para los pobres* que de cuando en cuando les recuerda su existencia. Pero nosotros no creiamos que la cuestion relativa á los pobres, tuviera por único fin el hacer mas duraderos los placeres de los ricos. Creiamos que se trataba verdaderamente de proveer á las necesidades de los mendigos, de corregir la

ociosidad y la imprevision, y sobre todo, de disminuir su número, salvos siempre los eternos derechos de la justicia, y sin omitir las suaves voces de la caridad. Si de estos y de aquellos se quiere prescindir; ahí está Malthus, que enseña el camino mas espedito para deshacerse de los niños, que vienen á sentarse, sin ser llamados, al convite de la Naturaleza que no lo preparó para ellos... Ahogarlos seria el medio mas espedito y mas económico; y aun hay paises en este mundo, en donde sino se pronuncian estas palabras, se realiza de algun modo tan barbaro medio; en vez del cordón que ahogue, está la insalubridad del ayre que mata, el alimento mal sano que destruye, los esperimentos chimicos mdéicos y quirurgicos *in anima vili*. Sea dicho esto como entre parentesis, y volvamos el asunto.

Entre nosotros los católicos, la cuestion de los mendigos, si es cuestion, no tiene otro objeto, que el de consolar los dolores y disminuir las privaciones, hacer cesar los peligros, y mas que todo, estirpar las causas de la miseria, aun con la condicion de que los ricos hagan algun pequeño sacrificio, no solamente de alguna pequeña cantidad, sino tambien de un poco de tiempo, de algun cuidado y de alguna compasion. La solucion de este problema no la vemos sino en la práctica de la moral evangélica, que imponiendo el trabajo como un deber, recomendándolo como una espiacion, condenando todo fraude, prohibiendo los excesos de los placeres y del lujo, mata en su raiz la mendicidad culpable: imponiendo por otra parte á los ricos el estrecho deber de ocurrir á las necesidades graves de su hermano, de procurar su correccion, cuando se estraviase, ha proporcionado no solo el alivio de la necesidad

inocente, sino tambien la desaparicion de la culpable, al menos en el mayor número, dejando el castigo de los incorregibles, como mejor se pueda, á la justicia humana, y con mas seguridad á la divina. Ni estas son utopias de proyectistas; son verdades evidentes para todo el que tenga ojos para ver, y razon para juzgar. Los paises agricolas en los que comunmente reina el temor de Dios, en las condiciones ordinarias de las cosechas, generalmente no hay ningun rico, pocos bien acomodados, muchos pobres y ningun mendigo; y esto por aquella propiedad singular del Evangelio, que cortando todo deseo inmoderado, conduce suavemente á aquella templanza igualmente distante de los excesos opuestos. Somos de parecer, que donde quiera que se practicasen los preceptos de Jesucristo, y muchos observasen los consejos evangélicos, poco á poco irían desapareciendo de la sociedad las riquezas escesivas y la estrema pobreza; ó serian una pequenísima cosa; como en el clavicordio se encuentran los extremos graves y los extremos agudos para los casos rarísimos en que una mano maestra puede hacerlos entrar oportunamente para la armonía de los conciertos.

De este distinto modo con que miran la mendicidad los Economistas semiterodoxos y los católicos, se origina, que son tambien diversos los juicios que forman acerca de la pobreza. Un sistema que mira la riqueza como el sumo bien, como el único bien, como el solo título de dignidad que haya en el mundo, un sistema como este, decimos, por necesidad debe aborrecer la pobreza, como si fuera un azote, despreciarla como una abgeccion, y abominar la mendicidad. No las mira así el ojo católico: Segun este, la mendicidad puede ser inculpable; puede ser

consecuencia inevitable de una condicion que es la mas comun, y que debiera ser honrada por un cristiano, como mas distante de los excesos de la voluptuosidad y del lujo; y cuando en alguno fuese culpable, en lugar de execrarla, la caridad trabaja por corregirla, presentando los daños temporales, y los peligros eternos á que está espuesta. En una palabra: siendo ó debiendo ser entre nosotros que nos gobernamos por las reglas del Evangelio, de muchísimo aprecio la pobreza morigerada, laboriosa y honesta, no puede ser abominada aquella mendicidad inculpable que se origina de ella.

Bien sabemos que esta doctrina por la que los católicos son obligados á honrar la pobreza inculpable, hará sonreír á muchos humanitarios, y propagadores del progreso y perfectividad indefinida; sabemos que muchos publicistas desean ver en todas partes estirpadas las órdenes religiosas, singularmente las mendicantes, únicamente porque estas mantienen con honor aquellas dos condiciones de la vida, la pobreza y la mendicidad. Mas esto, qué prueba? Prueba que cuando no se saben acomodar los principios del Evangelio, es una profanacion sacrilega el valerse de sofismas para acomodarlos á las ficciones de nuestra fantasía: y tal es sin duda el pensamiento de que el *Cristianismo civil* debe desterrar del mundo todos los males que lo infestan; el principal de los cuales, y aun la raiz de otros muchos, es (dicen) la pobreza, y la mendicidad que de ella se deriva.

Por otra parte no parece que los nuevos sistemas humanitarios hayan conseguido hasta ahora, no decimos estirpar, pero ni aun disminuir esta miseria del mundo. En paises y en tiempos de fe, el concepto de que el

pobre era cosa sagrada, amado especialmente de Dios, y digno de socorro, y aun de reverencia, hacia parte de las convicciones populares, y es increíble cuanto contribuyó á mantener tranquila y pacífica á aquella numerosa familia de los pobres. Y no solo se reverenciaba á los pobres en el templo, en las sagradas liturgias, en los libros piadosos, en la pobreza y mendicidad claustrales, sino hasta en los usos comunes de la vida y donde menos podia pensarse, en las monedas: las habia de oro con esta inscripcion: *Vae vobis divitibus*: de cobre con esta: *Beati Pauperes; in cibis pauperum; novit justus causam pauperis; Da pauperi*, y otras semejantes, mas ó menos ingeniosas, pero inspirando todas el concepto cristiano de que la pobreza es preciosa, amada de Dios, y que por lo mismo no debe ser despreciable á los ojos de los hombres.

Con respecto á nuestra España la mendicidad no es una pública calamidad, no crea un peligro público; con prudentes providencias que empiencen por no ofender ningun derecho, podrá encontrar pronto remedio sin que los Gobiernos lo tomen á su cargo. Temor de Dios en los pobres; ejercicio de caridad sincera en los ricos; ejercicio libre de su ministerio en el sacerdocio, para que inspire aquel santo temor, y aquella generosa caridad; para que puedan moralizar lo mismo á las clases altas que á las bajas; Piadosa Providencia de Dios que nos libre de las públicas calamidades, de carestias, pestes, y malos temporales, y sin mas, la *Mendicidad*, no diremos que desaparecerá, pero si que será muy poco considerable. Si alguno de estos elementos faltase; y una plebe sin temor de Dios, sin costumbres é indisciplinada se diese á mendigar por oficio; ó ricos sin entrañas negasen

todo socorro al verdadero necesitado, faltando así á un estrechísimo deber; si últimamente, calamidades graves y universales pesasen sobre todo un pueblo, reduciendo al mayor número á la indigencia; en estos casos, es manifestado, que la autoridad pública tiene el derecho y el deber de tomar algunas providencias, aunque no fuese sino para evitar aquellos peligros que probablemente podian temerse en la Sociedad, de la que la autoridad es tutora. En semejantes casos, las providencias debieran ser temporales y transitorias, como transitorias se suponen tambien las causas; providencias que nada tienen que ver con los remedios invocados por los economistas para la represion, como ellos dicen, y para la extirpacion de la mendicidad, de cualquier índole que sea, y cualquiera que sea su causa. Ni nos hace fuerza el ejemplo que los economistas nos presentan de la Inglaterra, donde hay prescripciones rigurosas, se gastan inmensas sumas, y se mantiene una falange de oficiales para hacer observar la legislacion sobre la mendicidad. No es este el solo ni el primer caso en el que nuestros anglomanos han querido trasplantar á nuestro suelo algunas instituciones que alli estan fundadas sobre condiciones especiales á aquel pueblo, digno de mejores destinos. En esto se parecen los anglomanos españoles de que hablamos, á quel médico que habiendo curado á un enfermo con cierto medicamento, creyese que el mismo medicamento habia de curar á otro de distinto temperamento, etc. No podria suceder que la medicina con que se curó el uno, fuese mortal para otro?

Pues estamos en el caso; en España, hay pobres si, y aun mendigos; pero gracias á Dios los mendigos son muy poca cosa; y sin embargo, á to-

do trance se nos quieren importar y aplicar los remedios del Pauperismo; cuando en España, no solamente no habia Pauperismo propiamente tal, pero ni aun el nombre era conocido, ni se registraba en nuestros diccionarios.

Pauperismo significa propiamente la condicion habitual de una parte notable del pueblo, que no pudiendo pasar la vida ni con los trabajos propios, ni con las limosnas de la caridad, amenazaría un verdadero peligro á la sociedad á quien perteneciese, y esta para evitarlo, tendria que encargarse de procurar subsistencias á todos los pobres. Esta sola definicion del *Pauperismo* admitida universalmente por los economistas, es bastante para convencerse que es enteramente desconocido este azote en nuestras Provincias.

Ya se entenderá que aquí hablamos de las condiciones habituales y ordinarias; por que en cuanto á las extraordinarias de sequías, inundaciones, pestes &c.; públicas y extraordinarias deben ser las providencias para ocurrir á aquellas necesidades. Pero salvo estas escepciones, entre nosotros, los impotentes, de un modo ó de otro encuentran apoyo en las fundaciones de caridad. Nosotros no tenemos una generacion de miserables, que deba vivir á espensas del erario. No sucede así en Inglaterra cuyos *depositos de Mendicidad* nos quieren introducir los anglomanos. En Inglaterra por todas partes se encuentra aquella generacion, y es mas numerosa de lo que podria creerse, contándose no á miles, sino á millones. A millones si: las mismas estadísticas inglesas lo atestiguan. Villeneuve de Bargemont, diligentísimo investigador de tales datos, hace subir nada menos que á la séptima parte de todo el pueblo del Reino unido, aquella miserable gene-

racion: es decir; que hay en Inglaterra mas de tres millones de seres humanos, despojados de todo, y pagados por el Gobierno. Si por otra parte se considera, que mas de la mitad de las rentas públicas de aquella riquísima nacion se emplea en los pobres y cosas relativas á los pobres, y que estos están insalubrementemente alojados, y escasísimamente alimentados, no se necesitará de cifras estadísticas para convencerse, que aquellas cifras representan la verdad. Agréguese á esto, que allí se han hecho y se estan haciendo largos estudios y esperimentos médicos para definir, y determinar cual es el *mínimum* de patatas y cerveza indispensable á una criatura humana para que pueda mantenerse en pie una parte del dia; por que es de saberse, que en Inglaterra se ha observado con este motivo, que cuantas mas horas permanezcan echados los pobres, tanto mas se les disminuye el alimento. No sabemos si agrada esta teoria á aquellos *magnánimos*, que dormiendo doce horas diarias, se les debia acortar una tercera parte de la comida y cena.

Manifestar ahora las causas que han producido en este pueblo una llaga tan profunda y dolorosa, seria muy largo y acaso inoportuno: pero oportunísimo será observar, que precisamente son las innovaciones que, bajo el especioso nombre de progresos maravillosos, tratan de introducir nuestros economistas de moda; los cuales se dan priesa á proponernos los remedios, sin que todavía tengamos la enfermedad; y no tendrán el mérito de haber remediado *nuestro pauperismo*, sino cuando hayan conseguido producirlo; parecidos en esto á la lanza de Aquiles, que curaba las heridas que habia hecho. Para conseguirlo, seguramente que no hay medio mas

seguro, que poner en práctica sus sistemas. Que se despoje á la Iglesia de todos sus bienes; que se apague en los corazones todo sentimiento de caridad; que se persuada á todos los entendimientos que no hay en este mundo otra felicidad que las riquezas; para procurar estas, que se adopten todos los medios artificiales de inmensas manufacturas, de gigantescos comercios apoyados y fundados en el sistema del libre cambio, en una caldera de vapor que produce el trabajo de mil brazos; hágase, decíamos, todo esto, y salimos fiadores de que nada tendremos que envidiar á la Inglaterra, sino sus perpetuas nieblas, y estériles comarcas. Entonces tendreis una docena de hombres con cien libras de renta por hora, y que harán un esplendido contraste con los muchos millares de desesperados que constituirán el *Pauperismo*. Entonces ya será tiempo para establecer en todas las ciudades algun *Depósito*.

Aquí daríamos fin, sino hubiéramos dado palabra de decir algo sobre dos bulas de dos Sumos Pontífices en las que se contenian prescripciones severísimas *ad extirpandam mendicitatem* en la ciudad de Roma. (1)

Intencion teníamos de analizar extensamente la letra y el espíritu de estas bulas, para hacer ver cuan poco favorecen á los modernos economistas, pero teniendo que alargarnos demasiado en esto; responderemos en dos palabras.

Leáanse con la debida atencion las prescripciones de aquellas Bulas, y se verá, que de ningun modo prohiben universalmente pedir limosna. Ni como podia ser? Hubiera sido preciso comenzar por abolir todas las órdenes

mendicantes; y ni los Pontífices que dieron aquellas prescripciones las abolieron, ni los Pontífices que se han ido sucediendo parecen estar dispuestos á condescender con los deseos de los economistas. Aquellas Bulas, pues, son relativas á los casos especiales de mendicidad fingida, que puede ocasionar disturbios, y crea peligros, en cuyos casos, ya hemos dicho, que la Autoridad civil puede regular el uso de aquel derecho, y aun suspender su ejercicio, lo que mas seguramente se podia hacer en Roma, tan prodigiosamente rica de institutos de caridad.

Reasumiendo ahora todo, decimos: Que no se debe prohibir absoluta ni universalmente el pedir limosna: que pudiendo los mendigos abusar de la piedad pública, pueden ser corregidos y castigados los que así abusasen; que con la distincion de *mendigos vagos y ociosos* y la de *mendigos enfermos* ó sin trabajo se puede conciliar todo: que la mendicidad reprensible es aquella que acompañada de fuerza física, reusa el trabajo, teniendo por mas cómodo esperar su subsistencia de la piedad que procura engañar, que los que se entregan á esta mendicidad violan la ley divina, violan el derecho de propiedad y perjudican á otros verdaderos necesitados; y esta mendicidad debe ser prohibida y castigada: debiendo ser el castigo proporcionado al delito, el castigo mas conforme nos parece ser el de obligarlos al trabajo: decimos; que habiendo una mendicidad inculpable, aquellos mendigos que no puedan trabajar, deben ser autorizados por la ley para recurrir á la beneficencia pública: decimos, que los medios mas conducentes para disminuir la mendicidad, son, no los Depósitos, y demas invenciones burocráticas, sino los que nos ha enseñado el Evangelio: moderacion en la

(1) *Quamvis infirma* de Sisto V.—*Ad exercitium pietatis* de Inocencio XII.

comida, bebida y diversiones, temor de Dios en los pobres y en los ricos; resignacion, paciencia y trabajo en los pobres; compasion y caridad en los ricos: libre y espedito el ministerio sacerdotal; uno que vale por muchos: dégese á cargo de la Iglesia la solucion de este problema; dénsese los medios para llevar á cabo esta solucion: y sin disturbios, sin agitaciones, con ventajas para los pobres y los ricos, con ventajas para la sociedad, será resuelto el problema por la Iglesia.

Seccion 3.^a

ESTUDIOS CIENTIFICO-LITERARIOS.

Etnografia ó Lengüística.

Habiendo dado ya noticia á nuestros lectores del espiritualismo americano, de las tendencias antireligiosas que se manifiestan en algunos puntos de Europa, de las diversas esplicaciones que se han dado acerca de los fenómenos de las mesas, el juicio que debe formarse acerca de las teorías y fenómenos, y las consecuencias prácticas que de todo deben inferirse, materia que hemos creído de interes actual, vamos á abrir nuestro cuestionario filosófico literario, por el estudio de lo primero que aprende el hombre, por el estudio de algunas cuestiones pertenecientes al lenguaje. No se crea que la dilucidacion de los problemas que vamos á proponer y resolver, no tengan otra importancia que la científico-filosófica; interesase tambien la religion. Los enemigos de esta, para combatir la narracion mosaica han sacado sus armas de todas las ciencias naturales; y no han sido

las menores dificultades las que han suscitado los estudios superficiales de la lingüística; pero los progresos y perfeccionamiento de esta han alcanzado un completo triunfo para la verdad de los libros Santos. Asi que lo mismo en esta que en las demas materias, aprovecharemos la ocasion que se nos presente de defender el catolicismo, sin perder de vista el objeto científico de la 3.^a seccion. Entremos en materia.

Entre los dones naturales con que ha enriquecido Dios al hombre, no es el menos admirable el órgano de la voz. Si el pensamiento coloca al hombre en una gerarquia muy superior á las de todos los seres que le rodean, la manifestacion, la encarnacion del pensamiento, la palabra es la que dá á conocer aquella primicia, y aun puede decirse que la palabra es la que hace que se desenvuelva y desarrolle el pensamiento, ayudándose la palabra y el pensamiento con natural y armónica correspondencia. El Vizconde de Bonald hace perceptible esta correspondencia con una bellísima é ingeniosa comparacion. «Si yo me encuentro en un lugar oscuro, dice, no tengo la vision ocular, ó sea el conocimiento por la vista de los cuerpos, que están cerca de mi, ni si quiera de mi mismo cuerpo; y bajo este aspecto, estos seres son para mi como si no existiesen. Pero si de repente aparece la luz, todos los objetos reciben de ella un color relativo á la contestura particular de su superficie; cada cuerpo se produce á mis ojos, los veo todos y juzgo de las relaciones de forma, de estension y de distancia, que estos cuerpos tienen entre si, y con el mio:

«Nuestro entendimiento pues, es el lugar oscuro, donde no percibimos ninguna idea, ni siquiera la de nuestra propia inteligencia, hasta que la palabra, penetrando por el sentido del

oído ó de la vista, lleva la luz á las tinieblas, llama, por decirlo así á las ideas, cada una de las cuales responde como las estrellas en Job, *aquí estoy*. Solo entonces están nuestras ideas *expresadas*, tenemos la conciencia ó el conocimiento de nuestros pensamientos, y podemos comunicarla á los demas; solo entonces nos formamos *idea* de nosotros mismos, de los demas seres y de las relaciones que tienen entre sí y con nosotros; y así como el ojo distingue cada cuerpo por su color, el espíritu distingue cada idea por su espresion.»

La palabra pues, segun se desprende de las observaciones que acabamos de indicar, y como conocerá cualquiera que se detenga á reflexionar un poco, es tan necesaria que, ó nulas ó muy limitadas serian las ideas del hombre sin ella; es el caracter por el que se espresa la diferencia que lo distingue de los brutos animales; el testimonio mas brillante de su inteligencia; por ella se comunican entre sí todos los hombres sus ideas; se unen entre sí con vínculos estrechos; por medio de ella en fin, viven en sociedad. Suponed los hombres mudos, y queda suprimido todo, las riquezas, todas las comodidades, todas las ventajas, no diremos de las robustas civilizaciones, sino hasta las inmensas ventajas que llevan las hordas mas salvajes á las manadas de brutos. De aquí se deduce, que habiendo sido creado el hombre para vivir en sociedad, y no pudiendo conservarse ni aun formarse una sociedad sin el lenguaje, no ha habido tiempo alguno en que los hombres hayan dejado de servirse de la palabra. Todos los hombres hablan: la palabra sin embargo no es dada al hombre por su misma naturaleza. La naturaleza da al hombre ojos para ver, oídos para oír, olfato para oler, mús-

culos para moverse; y estando bien dispuestos y no impedidos estos sentidos; sin educacion ni enseñanza los hombres ven, oyen, y se mueven. No sucede esto con el lenguaje. Si ha de hablar el hombre, necesita aprender de otros el lenguaje; y aunque los niños esto es lo primero que aprenden, hablan aun antes de pensar, es porque se les enseña; si se les dejase abandonados, sin contacto alguno con sus semejantes, jamás hablarian, serian perpetuamente mudos: los que lo son á nativitate, es porque son sordos, y no pueden oír la palabra: sino fueran sordos, aprenderian á hablar como los demas: ningun hombre sabria hablar, si otro hombre no le enseñára el lenguaje: esto que observamos en todos los hombres, debe aplicarse á los antepasados; á los primeros hombres, al primer hombre. Cuáles pues el origen de la palabra? han inventado los hombres la palabra? han podido inventarla? He aquí los problemas que nos proponemos resolver con la precision y claridad que nos sea posible. Para proceder con el debido método, fijaremos así el primero.

¿Ha podido inventar el hombre la palabra?

Uno de los primeros talentos de la Francia, uno de los mas juiciosos y profundos pensadores, el Vizconde de Bonald en su *Legislacion primitiva*, resueltamente afirma, no solo que la palabra ha sido enseñada, sino es que sin esta revelacion de la palabra, el hombre ni hablaria ni pensaría; y sobre este principio levanta todo el sistema de su legislacion, y de él hace depender toda la controversia de los Teístas y Ateos, de los cristianos y filósofos, y de aquí deduce una prueba fisica de la existencia de Dios. Otro talento privilegiado de la misma Fran-

cia, no menos profundo, juicioso y filosófico, Augusto Nicolás, al demostrar la necesidad de una revelacion primitiva, defiende vigorosamente el sistema de Bonald sobre la imposibilidad de inventar el lenguaje, añadiéndole nuevas pruebas y luminosas observaciones.

Grande, muy grande es el respeto que tenemos á estas dos Autoridades, ya por la superioridad de sus conocimientos, ya por su incansable celo en combatir los malos principios, y defender la causa del catolicismo. Mas en esta cuestion no podemos conformarnos con el principio tan general que asientan. Hemos leído y releído las pruebas en que apoyan aquel principio; y aunque hacíamos esfuerzos para conformarnos con su respetable dictámen, no hemos podido conseguir que nuestro entendimiento quedase convencido. Admitimos sí el hecho de la enseñanza, de la manifestacion, de la revelacion de la palabra; mas no podemos aceptar el principio de que no haya podido ser inventada. La palabra es una prueba de la existencia y Providencia de Dios: nosotros la hemos aducido como una de las mas brillantes en nuestro artículo sobre la Providencia; pero esta prueba se saca, no de la imposibilidad de ser inventada, sino del hecho mismo; probado que sea que el hombre no ha inventado la palabra, queda probado que Dios la ha enseñado.

Luego probaremos el hecho. Antes de esponer los fundamentos que tenemos para no adoptar el principio de Bonald, diremos; que tampoco podemos convenir en que de este principio dependa toda la controversia entre Teistas y Ateos. Son tan claras las pruebas metafísicas, físicas y morales de la existencia de Dios, que estamos persuadidos que no se dan ateos es-

peculativos; y habria muchos, sino se diese mas prueba positiva que el principio de Bonald.

Espondremos ahora nuestro parecer acerca del problema en cuestion: á la pregunta: ha podido el hombre inventar la palabra? Respondemos asi: el hombre no: los hombres si. Nos esplicamos. El hombre solitario, el hombre montaraz, el hombre sin sociedad jamas hubiera podido inventar la palabra: porque suponiéndolo en este estado, sin maestros, sin comunicacion con sus semejantes, su vida seria enteramente sensitiva y animal; la union de los dos sexos transitoria; ninguna necesidad de comunicar sus afecciones y sensaciones; siendo necesarios grandes esfuerzos de inteligencia para inventar el lenguaje, y hallándose como dormida la facultad de pensar, nunca le ocurriria el ligar sus actos internos con signos sensibles, fijos y determinados. Aclararemos nuestro pensamiento con un ejemplo. Si se nos pregunta, si el hombre ha podido inventar un reloj, una máquina complicada, el álgebra, no titubearemos afirmar que el hombre solitario no; pues á pesar de vivir en sociedad, y aprovecharse de cuanto legan unas generaciones á otras, se han pasado siglos y siglos sin aquellas invenciones; pero perfeccionando unos los inventos de otros, vemos las asombrosas máquinas que cada dia se van inventando; pues esto mismo decimos con respecto á la palabra: concederemos de buena gana, que para la formacion de un imperfecto idioma, hubieran sido necesarios miles, millones de años; pero supuesta la duracion del mundo, los hombres en sociedad habrian conseguido formarlo; y dados los primeros pasos que fuera á no dudarlo lo mas difícil, poco á poco se hubiera ido perfeccionando y enriqueciendo el primitivo é imperfecto idio-

ma. Y como todo nos demuestra que el hombre ha sido destinado á vivir en sociedad, inferimos que el hombre habria inventado la palabra. Hasta aqui no hemos hecho sino esponder nuestra opinion; vamos ahora á esponder las razones en que nos fundamos. El examen de los argumentos en que se apoya el ilustre Bonald, y las observaciones que en este examen haremos, formarán todo el nucleo de nuestro raciocinio.

Los argumentos de Bonald son de dos clases: el primero metafísico, psicológico estético; y el segundo histórico experimental.

El hombre, dice, no puede hablar, sin pensar; para hablar es necesario pensar la palabra: por otra parte, para pensar es necesario antes hablar; sin la palabra el hombre no podria pensar. Si pues, no se puede inventar la palabra sin el pensamiento, ni se puede pensar sin la preexistencia ó cuando menos coexistencia de la palabra, es claro, que el hombre por si mismo jamas hubiera inventado la palabra.

El primer principio es incontestable: concedémoslo; para inventar la palabra es necesario el pensamiento: y añadiremos, que un pensamiento muy elevado, una inteligencia desarrollada. En esto estamos conformes, y juzgamos que no habrá uno que lo niegue: mas la debilidad del argumento está en el segundo principio, en asentar que sin la palabra, no se podria pensar. Si por palabra no se entiende otra cosa que la razon que el espíritu se dá asi mismo el lenguaje interno; claro es que sin esta palabra interna no se puede pensar; esto implica; este lenguaje interno es lo que llamamos pensamiento. No es esta ó no debe ser la cuestion. La cuestion es si podria existir la palabra interna, el pensamiento sin el auxilio de la palabra es-

terna y sensible. Nosotros no vemos en esto imposibilidad. Dios que es la inteligencia infinita, ha necesitado la palabra sensible para entender? Se dirá, que Dios siendo inteligente por esencia, no podia menos de pensar; pues de aqui deducimos nosotros, que la palabra esterna no es necesaria para pensar: las sustancias espirituales inteligentes tienen la facultad de pensar por su propia naturaleza. Quién negará á los ángeles el verbo interno con el poder de percibir, de juzgar, de comparar y hablarse asi mismos? No pueden tambien comunicar sus ideas á los otros ángeles, sin necesidad de encarnar su pensamiento? Se podrá oponer que el hombre no es una sustancia puramente espiritual; que si ha de comunicarse á sus semejantes, debe hacerlo por medio de signos sensibles, incorporando su pensamiento. Lo que esto prueba únicamente es la necesidad de algun lenguaje, ya sea oral, ya sea por gestos ó bien por la escritura; mas no prueba que ni la escritura ni el lenguaje mimico ni el oral sea necesario para pensar. Si se nos demostrase que alguno de estos signos sensibles era absolutamente indispensable para la locucion interna, como se demuestra ser preciso el pensamiento para inventar aquellos signos, no podríamos menos de admitir la hipótesis de Bonald; pero *hic labor, hæc difficultas*. Este es el punto capital del problema; y aqui es donde encontramos muy débiles las razones en que se apoya. Para que no se diga que tratamos de desvirtuar aquellas pruebas, copiaremos toda la argumentacion de Augusto Nicolás.

„Las impresiones, dice, que nuestro entendimiento recibe de los objetos sensibles, no dejan en él mas que imágenes ó sensaciones. Por la accion del pensamiento, adquirimos la conciencia

de estas sensaciones é imágenes: en seguida meditamos sobre ellas, las comparamos, las analizamos, las calificamos, y deduciendo consecuencias afirmativas ó negativas, deliberamos sobre el conjunto y formamos nuestro juicio. Este es el mecanismo del pensamiento; mas para meditar, para analizar, para deducir, para deliberar, para juzgar, en una palabra, para pensar, nuestra inteligencia necesita indispensablemente tener á la vista un vocabulario para nombrar, distinguir y retener los objetos y elementos diversos de sus operaciones. El pensamiento es la razon que se dá el espíritu asi mismo. En el acto de pensar, parece que nuestras facultades se desenvuelven para obrar cada una de ellas dentro de la esfera de su atribucion, y que las convocamos como en consejo privado con nosotros mismos: para esto empero es menester que se entiendan entre sí por medio de signos interiores y convenidos asi como lo verificamos esteriormente comunicándonos con los demas; sin lo cual las referidas facultades quedarian en perpetua inercia: de suerte que no hay pensamiento sin monólogo, y el monólogo en este caso no es mas que un coloquio entre nuestras facultades.,,

O nos engañamos mucho, ó todo esto prueba lo contrario de lo que se propone el autor de los estudios filosóficos sobre el Cristianismo. Nos explica perfectamente el nacimiento y mecanismo con que se desarrolla el pensamiento. Vemos los objetos sensibles; se adquiere por la accion del espíritu la conciencia de las sensaciones, meditamos, comparamos, juzgamos &c. Mas para esto, qué necesidad hay de vocabulario como se pretende? Todas estas operaciones podrán ser causa de que se forme un vocabulario; porque todo puede hacerse sin dar nombre á

los diversos objetos que han hecho impresion; lo primero es recibir las impresiones y conocer que son ó no son las mismas, que son idénticas ó diferentes; despues viene la operacion de darles nombres fijos, para juzgar con mas facilidad y mas que todo para dar noticia de ellas á nuestros semejantes. Asi, si se supone que un hombre sin palabra ó mudo, pero adornado de todos los sentidos, vé el cielo con sus astros, una campiña dilatada con infinita variedad de objetos, árboles seculares, plantas de diversas formas, flores de distintos matices, aves de suave canto y pintado plumaje, yerbas de variados aromas, manjares de diversos gustos; recibirá todas las impresiones de estos objetos; tendrá conciencia de ellas, comparará unas con otras, conocerá que no son unas mismas, ó que cuantas veces gusta un mismo fruto, percibe el mismo sabor &c. Y ya tenemos el pensamiento sin la palabra; porque es cierto, que él no nombrará al cielo, ni al sol, ni la luna, ni las estrellas, ni el cedro, ni el jacinto, ni el águila, no dará nombres ni aun en su interior á cada uno de estos objetos; pero juzgará de su diferencia ó identidad; despues, viene como deciamos, la ocurrencia *posible* de buscar algun medio para darse cuenta y darla á los demas de aquellas operaciones internas, y por consecuencia la posibilidad de pronunciar algunos sonidos, que espresen las diversas afecciones, valerse de este medio como mas cómodo, fijar un mismo sonido (ó cualquier otro signo sensible) para una misma afeccion, y sonidos diversos para distintas efecciones; y obtener asi un idioma limitadísimo, si se quiere, y si se quiere no sin haber pasado miles de años; pero al fin un lenguaje inventando por los hombres. Nos parece esto tan evidente, que no acer-

tamos á explicar como se ha escapado á la clara inteligencia de tan doctos escritores. La única explicacion probable que vemos es, que en sus investigaciones no han fijado la atencion sino en lo que sucede: han visto que el hombre sin la enseñanza no habla, que ningun hombre por si solo es capaz de inventar la palabra; y de aqui han inferido, que jamás los hombres la hubieran inventado; sin reparar que no hay invencion alguna humana sobre la que no pudiera formarse el mismo argumento; pues tenemos la conviccion que ningun hombre sin enseñanza anterior, sin los auxilios que le han legado sus antepasados, jamás hubiera podido inventar, no decimos una de las mas delicadas muestras que salen de las fábricas de Londres; pero, ni aun una simple aguja. Pues asi como no seria buena consecuencia; ningun hombre hubiera podido inventar la imprenta, luego tampoco los hombres la han inventado; ilegítima nos parece esta: ningun hombre ha podido inventar la palabra, luego tampoco todos los hombres.

Probado ya que del exámen psicológico-estético no resulta imposibilidad; examinemos ahora el argumento histórico-esperimental.

Leemos en la historia, dicen, que algunos Reyes encerraron cuidadosamente algunos niños, prohibiendo severamente se pronunciase en su presencia palabra alguna; los unos con el fin de averiguar el lenguaje natural y primitivo del hombre; y los otros con el objeto de experimentar si el hombre podia inventar la palabra; no pudo obtenerse lo primero, porque ningun idioma, ningunapalabra hablaron; no lo segundo, porque ninguna palabra inventaron: por otro lado, la experiencia diaria lo demuestra: es cosa sabida que los mudos no hablan aunque vi-

van cien años, porque siendo sordos, ninguna palabra se les puede enseñar, porque la palabra entra por el oido, y á ellos les falta este sentido. Qué mas se necesita para convencerse de la imposibilidad de inventar la palabra?

Aun nos parece mas debil este argumento que el anterior por especioso y concluyente que aparezca. Si nosotros confesamos la grande, la suma dificultad de la invencion; si ya confesamos que son necesarios miles de años quizás para ello, qué fuerza nos ha de hacer el egemplo de diez, veinte ó cien niños ó sordo-mudos, aunque se les suponga con cien años de vida? Dadme mudo originalmente el género humano; que corran siete mil años sin que haya podido inventar la palabra; y aun asi, no concederé la imposibilidad; aplazaré la cuestion hasta otros siete mil. No han transcurrido seis mil sin la invencion de la imprenta? En el ejemplo mismo de los niños separados del comercio humano, creemos nosotros que se notaria algun idioma esterno correspondiente á sus ideas internas; que poco à poco irian adoptando algunos signos sensibles, (que seria el gesto) para espresar algunos de sus deseos, necesidades &; que estos niños sean arrojados á una isla desierta, que sean conducidas otras tantas niñas igualmente destituidas del uso de la palabra; llegada la época del ayuntamiento, engendrarian hijos, estosotros, hasta poblar la isla; no creemos que habrá inconveniente en conceder, que de algun modo se comunicarian y se entenderian estos seres: como los suponemos con el sentido del oido, percibirian todos los sonidos, estruendos &; no dejarian de dar algunos gritos de placer, alegria, temor y dolor. No podrá suceder que andando los tiempos, oyendo estos mismos gritos, re-

tengan aquellos sonidos y los repitan luego cuantas veces vean el mismo objeto, ó se hallen estrechados de igual necesidad? Aquellos gritos serán las primeras palabras de su vocabulario, y así sucesivamente hasta la espresion de las ideas puramente intelectuales. De todo lo cual concluimos, *que los hombres han podido inventar la palabra*. Del derecho pasemos al hecho; del campo de lo posible, trasladémosnos al terreno de lo real: ha inventado el hombre la palabra?

Aquí si que es segura la victoria contra el racionalista; aquí si que es terrible contra él esta argumentacion: *habla el hombre, luego existe Dios*. Porque es un hecho evidente que al hombre se le ha enseñado, y no ha inventado la palabra; luego es Dios el que se la ha revelado, puesto que no hay otro maestro que haya desatado la lengua de este mudo. Para probar esta verdad no se necesitan grandes esfuerzos de ingenio; no necesitamos recurrir al Genesis, donde se nos representa Dios hablando con Adan, Adan confabulando con Dios, y dando nombres adecuados á los objetos por inspiracion divina. Bástanos una sencilla observacion sacada de la historia del género humano. La historia conserva el nombre y la época de todas las invenciones, y trasmite con elogio el nombre de los inventores de todas las cosas útiles ó curiosas. Hay empero alguna historia humana, hay algun documento verdaderamente histórico, que nos refiera la época y el inventor de la palabra? No hay historiador alguno que no suponga al hombre con el uso de la palabra; los pueblos primitivos de que nos dan cuenta como los Caldeos, Babilonios y Persas y de los que han salido las primeras colonias, hablaban desde su origen. En los nuevos mundos que se

han ido descubriendo ni un solo pueblo, ni una sola horda de salvages se ha encontrado muda. Donde quiera que se han visto huellas humanas, tambien se ha oido la voz del hombre. De las observaciones psicológico estéticas, de hechos histórico-esperimentales, consta, que es dificilísimo (segun algunos imposible) inventar la palabra. No hay filósofo alguno que no confiese ser necesaria la serie de algunos siglos para formar un limitadísimo é imperfecto idioma; luego el hombre, que siempre ha hablado, no es el que ha inventado la palabra. Si se nos señalase una época por corta que fuese, en que los hombres habian vivido sin el uso de la palabra, atribuiriamos á ellos su invencion; mas como ninguna puede asignarse, es forzoso convenir en que originalmente le fue enseñada, en que *no es el hombre el inventor de la palabra*. Asi por todas partes encontramos á Dios, la mano de Dios, la Providencia de Dios; y así el estudio de las letras humanas sirve admirablemente para confirmar la verdad de la Sagrada Biblia.

Seccion 4.

LECTURA RECREATIVA.

LORENZO Ó EL CONSCRITO.

Las pesquisas.

Dejamos á Isabel contrariada en sus proyectos por la inesperada llegada de sus tias y primas: entre estas habia una que como suele suceder á algunas jóvenes de ánimo tímido y apocado, nunca se atrevia á dormir sola, por

miedo de las sombras de la noche y fantasmas, por lo que ademas de tener siempre luz encendida, habia de dormir con ella alguna hermana ó la doncella. Asi es que á luego que llegó á casa de Lamba, dijo á Isabel con la que tenia mucha confianza.—Esta noche quisiera dormir contigo.—Con mucho placer lo haré, respondió Isabel; pero tu no sabes lo reducida que es mi habitacion: figurate una celda de capuchino, en que apenas cabe una cama y una silla; á mi me gusta, por que desde la ventana, y aun desde la cama veo, apenas amanece, todo lo que pasa en el mar.

—Pues bien; por esta noche ya dejarás tu habitacion, y me harás el gusto de venir á la que has preparado para mi.—Si te daré ese gusto con la mejor voluntad.

Separose Isabel de su prima para pensar con libertad en los medios de desahogar sus afectos. Despues, recorrió las habitaciones para ver si los huéspedes habian descansado algo; los llevó á las de su padre que los esperaba; les preparó el almuerzo en el comedor que daba al jardin, y estando la mañana hermosísima y fresca, concluido el almuerzo, los condujo al bosquecillo de los naranjos. Isabel que queria desasirse algun tiempo de las mugeres, las hizo entrar en vivos deseos de pescar; las dirigió hacia la puerta del jardin, hizolas salir á la ribera; encontraron allí á Andrés con tres marineros con todo lo demas preparado ya al efecto. Las tias y las primas entraron en la barca, sentáronse sobre los bancos, y los hombres volvieron la proa hacia el mar.

—Eh Isabel, gritaron las primas, no entras tu tambien? Ven con nosotras, para que nos enseñes á pescar.

—Andrés lo hará mejor que yo, respondió Isabel; yo tengo que preparar

la comida: ya podeis traernos algunos peces; por que sino desde ahora os digo que no los probareis hoy.—Hizo señas á los marineros y estos empezaron á remar. Isabel se volvió á casa, y tomando un atajo para no encontrarse con los huéspedes y su padre, corrió á su habitacion, y encerrándose en ella, lloró un rato, desahogándose asi de la fuerte opresion. Algun tanto calmada, escribió de priesa unas pocas palabras llenas de inocente y vivo amor, dando gracias á Dios por haber hallado á Lorenzo; contando á este sus angustias, y suplicándole le indicase el medio mas apropósito para escribirse sin que nadie entrase en sospechas. Escrita y cerrada la carta, la guardó en el pecho; discurriendo como podria sustraerse á las instancias de dormir con su prima ocurrióle un pensamiento feliz; bajó solícita y alegre con ánimo de dirigirse á la playa, y esperar allí á las pescadoras. Pocos pasos habia andado, cuando se le acercó un lacayo, la llamó de orden de su padre que la aguardaba en la sala verde junto al comedor. Isabel volvió atras, para ver lo que la ordenaba su padre.

Apenas entró, Lamba se sentó sobre el sofá con Ademaro, y volviéndose hacia su hija, la dijo.—Isabel. Ya sabes el amor que te tengo: tu eres la pupila de mis ojos, y el corazon de mi corazon: de aqui puedes inferir que á todo estoy dispuesto por verte feliz. Aqui tienes á Ademaro que al afecto de pariente ha unido siempre el amor de amistad para con nosotros; ha puesto los ojos en tu juventud y raras prendas; te ha recomendado á Balduino, y Balduino por conducto de Ademaro me suplica, le conceda el honor de que seas su esposa. Ya sabes se le han ofrecido las mas ilustres Señoritas de Génova, especialmente Camila é Ines, tus amigas; todos estos ventajosos parti-

dos ha desechado Balduino; te quiere por esposa; y desearía cualquiera otra, aunque fuese una Emperatriz. Balduino es joven, rico, hermoso, de nobleza antigua, y desde la muerte de su padre dispone de un inmenso caudal. Posee capitales en los bancos reales de Estokolmo, Copenhague, Londres y Paris: así es necesario que te resuelvas para cuando Ademaro vuelva del santuario de Sabona.—Dicho esto esperaba Lamba la respuesta afirmativa de su hija.

—Las mugeres, aun sin haber estudiado á Tacito ni Plutarco, tienen muchas veces una elocuencia persuasiva y cortante, que les enseña la naturaleza y el amor. Así Isabel sin turbarse en nada respondió á la arenga de su padre, diciendo:

—Padre, si me amais, no me obligueis á separarme de vuestro lado; decís que deseais verme feliz; pues habéis de saber, que nunca podré serlo separada de vos: mi felicidad consiste no solamente en ser vuestra hija, sino en estar siempre con vos; por esto ninguna proposición de matrimonio me puede ser agradable. Balduino es digno de una esposa mejor; pero yo no puedo serlo, porque Balduino no puede ser mi padre. Padre, una lágrima vuestra vale mas que todos los millones de los Genoveses, y vos sin vuestra Isabel derramaríais muchísimas. Que no se hable mas de esto, padre: ahora voy á ver si vienen las primas; —y diciendo así, se salió de la sala.

—Escusado es decir como quedarían los dos viejos. Lamba se enjugaba las lágrimas que asomaban ya desde las primeras caricias de Isabel; pero el primo que era hombre rígido y aspero, dijo con cierta ira.—Lamba, tu te has encaprichado con instruir á tu hija como una doctora; y ahora palpas

el fruto de esta enseñanza. La muger es por si misma altanera; agréguesele la instruccion, y saldrá una soberbia sultana. Aquel sacerdote francés que acogisteis en el año noventa y dos, la ha enseñado filosofía, derecho, religion &c. de tal suerte que parece una doctora de la Sorbona. Oh! Así se responde á un padre?—*No se hable mas de esto.*—Si fuese hija mia, ya la haría yo devorar el *no se hable mas de esto*. Pero sabes, Lamba, lo que pienso? Creo, que la amistad y trato de Isabel con Leonor la hacen respirar el aire democrático.

—Ademaro, replicó Lamba, no me hables mal ni del Abate Gerard, ni de Leonor: esta es una jóven piadosa y pura como un ángel, y el abate es docto, virtuoso y prudente; es hombre sumamente discreto y gran conocedor del mundo. Estuvo en Viena con el Cardenal de Rouen, y era el brazo del abate Georgel: Luis XVI lo tenia en mucha estimacion. Perseguido de muerte por los jacobinos, y habiendo podido huir por milagro de sus uñas, fué acogido por mi difunto padre, y despues ha estado siempre en mi compañía; es el consejo y el alma de mi casa.

—Ya; aunque prudente, no dejas de tener tus caprichos; allá te compongas; pero te aseguro, que no volverá á presentarse un partido tan ventajoso como el de Balduino: tu y tu hija, tu hija y tu os habeis de arrepentir mas de una vez; pero será sin remedio.

—Y que se ha de hacer, Ademaro? La pobrecilla, como has oido, no quiere separarse de mi por el amor que me tiene.

—Aun encuentro yo un medio: encomendaremos este asunto á sus tías: las mugeres se entienden, penetran y engañan admirablemente. Esta noche despues de cenar la darán el asalto; y

me atrevo á apostar, que mañana estará ya mansa como una corderilla; y querrá apresurar su casamiento con Balduino.

—Mal conoces á Isabel, Ademaro: quiera Dios que aciertes en tus pronósticos; por que este matrimonio seguramente me agradaba por constarme que Balduino es todo un *Portico viejo*.

—Mientras los dos disputaban así, las jóvenes pescadoras estaban ya de vuelta contentas y alegres saltando y brincando, envanecidas con el trofeo de los peces que habían pescado.

Isabel, como sino estuviese abrumada con tantos cuidados, y como si su corazón se hallase tranquilo y sereno, tomaba parte en las diversiones de sus primas, gritaba y se reía con ellas, corría saltando como ellas por el bosquecillo hasta que recogiendo todos los peces, desapareció, entrando en el palacio. Entretanto las jóvenes fueron á labarse las manos en la fuente, y Ademaro, haciendo una seña á las dos señoras tías de Isabel y á Lamba, se reunió con ellos en el interior de las habitaciones, para conferenciar secretamente.

Pobre Isabel! tu no sabes la tormenta que se condensa sobre tu cabeza. Cómo podrás conjurarla? cómo evitarla? cómo podrás ocultarte á aquellos ojos de Argos que te velan, y espían todos tus pasos? cómo podrás advertir á Lorenzo que te es imposible el ir á media noche con tu navicilla al pie del peñascal, atar á la cuerda tu carta, aguardar la suya, desatarla, y volver silenciosamente para leerla en el retiro de tu gabinete?

Y Lorenzo entre tanto, qué hace?

Anteriormente hemos dicho, que Leonor no había escrito en cuatro días, y que al quinto recibió Lorenzo una carta que le causó una pena agudisi-

ma; y no sin motivo; el joven al leerla midió todo el peligro que le amenazaba. Ya hacia algunos días que por aquellos contornos andaban algunos hombres desconocidos, preguntando siempre sobre las condiciones de los señores genoveses que allí moraban. Hablóse de los hechos de D. Juan, y oyendo las alabanzas de él y su familia, principalmente sobre su liberalidad para con el pueblo, uno de los misteriosos desconocidos preguntó.

—Ese D. Juan tiene acaso hijos?

—No señor, respondían los campesinos, no tiene en casa mas que una hija, virtuosa señorita que socorre á nuestras mugeres, viste nuestras niñas, y visita nuestros enfermos con el tierno amor que desde niña ha aprendido de su madre, excelente y generosa matrona, que nos ama á todos como si fuéramos hijos suyos, y socorre todas nuestras necesidades.

—Si: decia otro, con el vaso en la mano; pero mas le valdria no ser tan impertinente; pues queramos que no, á todos nos obliga á ir á misa y vísperas, oír la esplicacion de la doctrina, y nos acusa al Arcipreste.

—Cállate, bribon, le replicó un carpintero, que demasiado buena es para ti, que no ha querido llevarte á la cárcel: piensas tu que la Señora no sabe que eres tu quien robaste el jardín el otoño pasado? Piensas tu que no sabe la mala partida que le jugaste al señor Lorenzo su hijo, el cual...

—Ola, interrumpió uno de los desconocidos; con que la hija es del género masculino? Y quién es ese señor de quien tu hablabas? Se llama decias?

—Lorenzo; pero es *tanquam si non esse*.

—Pues qué, está gravemente enfermo, es tonto, ó qué es lo que quieres decir?

—El Señor Lorenzo es un joven que oliendo la bolsa de la conscripción y la pólvora del cañon, de las bombas y de los fusiles, giró de bordo, y tomó las de villa-Diego.

—Y á donde se ha fugado? Para salir de los confines del imperio ya necesita caminar cuando menos hasta el Africa ó la Turquía.

—Nada de eso; no es necesario ir á Tunez ó á la Morea; mas cerca está la isla de Cerdeña, donde yo creo que está el señor Lorenzo.

Al dia siguiente desaparecieron los desconocidos; pero pocas noches despues, mientras soplabá un viento furioso, que removia los mares, y al mismo tiempo llovía á torrentes, se oyó llamar fuertemente en el palacio de D. Juan. El mastin atronaba el átrio con sus espantosos ladridos, los perros de las casas, de las huertas y de las cabañas estaban todos alborotados. Las ventanas de la habitacion de Leonor daban á la puerta: así es, que asustada por aquel estruendo, se levantó de la cama, hechose encima un vestido, y se asomó á la ventana. En aquel intermedio el portero medio dormido abrió el ventanillo, gritando con voz ronca:

—Quién está aí? qué quereis á estas horas?

—Somos los gendarmes; abrid pronto en nombre de la ley, sino..

Leonor al oír gendarmes, en aquella hora, lloviendo tanto, con aquella borrasca, con aquel sino... empezó á temblar de pies á cabeza; mas como era animosa, repúsose al instante, y no pensó sino en salvar á su padre.

El dia de antes, afortunadamente habia llegado de Savona un General amigo que se hospedaba en casa.

Leonor ataviándose de prisa, y tomando una luz, bajó á la habitacion del huesped, entró á ella diciendo.—

General, salvad á mi padre: aqui están los gendarmes —El General que dormia profundamente, se sienta medio aturrido en la cama, y dice:—Qué es eso? Quién anda aí?

—Es, respondió Leonor, que están aqui los gendarmes, que vendrán á prender á mi padre por la fuga de Lorenzo. General; permitid que lo traiga á vuestra habitacion donde los gendarmes no se atreverán á entrar.—Que venga; voy á vestirme; tened la bondad de encender la luz.—

Leonor se dirigió á la habitacion de su padre, y despertándolo.—Padre, le dijo, poneos encima el balandrán, y venid conmigo.—

—Pues qué novedad hay? Está enfermo alguno? Le sucede algo á tu madre?

—Si padre, daos prisa; bajemos al General que os aguarda, acaban de llegar los gendarmes; levantaos, y no tengais cuidado; entretanto recogeré yo los vestidos.—

D. Juan se puso algunos vestidos, y medio aturrido siguió á Leonor, que lo condujo á la habitacion del huesped, donde dejando los pantalones de su padre sobre una silla, dijo.—General, pongo á mi padre bajo vuestra salvaguardia, saliéndose al instante. Volvió al dormitorio de su padre, y compuso la cama como si ninguno hubiera dormido aquella noche; abrió los cristales de las ventanas, arregló todos los muebles, y despues fué volando á donde dormia su madre.

Entretanto el portero, despues de haber respondido á los gendarmes, que tubiesen un poco de paciencia, se vistió de prisa, llamó á dos sirvientes que dormian junto á la escalera; baja, abre, y vé entrar seis hombres mojados como una sopa.—Pobre gente, dijo el portero, cómo os habeis mojado! Quereis que haga fuego, para que se

sequen vuestras ropas, y os traiga un trago de vino?—Sí: pero daos prisa, respondieron.—Encendió fuego, trajo el vino y habiendo llegado uno de los dos sirvientes, le dijo al oído.—Corre á avisar al amo.—

En ciertos casos repentinos que pueden ocurrir, vale mas una jóven animosa, que veinte hombres timidos. Leonor, despertando á su madre, la dijo.—Madre, no os asustéis: han venido unos gendarmes á buscar á Lorenzo. Si! que lo busquen! que ya los espera! No os movais de la cama; voy á llamar á la doncella. Si los gendarmes quisiesen entrar, respondereis con calma, que Lorenzo no está; que segun se dice se ha ido á Cerdeña, sin saber como ni con quien. Si os preguntan por el padre, direis, que ha salido á sus negocios; porque habeis de saber que lo he llevado al General, y alli está seguro. Os encargo, madre, que tengais valor, que la Virgen nos ayudará.—Y sin aguardar la respuesta, salió á llamar á la doncella, y habiéndolo verificado, se dirigió en busca de los soldados. Antes de llegar á donde se hallaban, Leonor fué advirtiéndolo á todos los familiares, diciéndoles.—Responded, que el amo no está.—Donde está?—No sabemos.—Despues llegó á donde se calentaban los gendarmes; estos al verla se levantaron todos. Leonor se dirigió al Gefe, diciéndole.—Brigadier, á quien buscais?—El jóven al ver aquella Señorita, levantó la mano hacia su cabeza, y como si estuviese delante de su capitan, respondió.—Señora, tenemos órden de visitar el palacio.

—Los gendarmes, contestó Leonor, no son esbirros: vuestras armas son las que mas honran al imperio, y estoy segura que representareis la dignidad de la justicia: el palacio está siempre abierto á las divisas del Emperador:

vamos; por donde quereis principiar?

—Será mejor comenzar por las habitaciones de abajo; mas no queremos molestar á la Señorita; uno de los sirvientes podria guiarnos.

—Tambien irán estos; pero tambien yo quiero ser de la brigada. Vamos.

Leonor hizo encender algunos ha-choncitos, que llevaban los gendarmes y criados. Los condujo por todas las habitaciones: los gendarmes viendo las camas descompuestas, preguntaban.—Quien duerme aqui?—Yo Señor Brigadier, respondia cada uno de los sirvientes. Visitaron tambien las habitaciones *nobles*; pero habiendo llegado á la del General, y visto á la puerta el soldado de ordenanza, le preguntaron, quien era el que la ocupaba.

—El General de Division mi señor, respondo; voy á llamarlo. Entró, y salió al instante el General con las insignias de su grado, diciendo.—Brigadier, manifestadme la órden.—Aquí está, mi General.—Bien está, cumplid vuestra comision.—Y se volvió á su habitacion.

Desde allá pasaron por un corredor, y llegando á ciertas habitaciones, dijo Leonor.—Este es mi dormitorio; creo que la delicadeza francesa no profanará los retiros de las jóvenes.—Señora, vos teneis mucha razon, repuso el Brigadier: pero... la órden... me conviene... Si me lo permitis, entraré yo solo.—Entrad, repuso Leonor.

El Brigadier miró el dormitorio, y salió al instante, sin tocar las cortinas: de alli pasaron al dormitorio que habia sido de Lorenzo, y Leonor abrió, entraron todos; despues que cuidadosamente registraron esta habitacion, dijo el Brigadier.—Señorita; tengo el sentimiento de decirlo, que debo llevarme todas las cartas que aqui encuentre.—Yo no puedo oponerme, respondió; cumplid vuestro encargo;



pero exijo que las selleis todas á mi vista; aqui hay papel y lacre, he aqui el sello de familia; vos pondreis tambien el águila del imperio, pero me dareis cuenta estrecha de si se rompen los sellos, á no ser por órden militar.

—Y las habitaciones de vuestro Señor padre, dijo el Brigadier, poniendo los sellos, donde están?

—Por la parte del jardin; pero mi padre no está allí.

—Pues donde está? por que yo se que debe hallarse en casa.

—Mi padre no está obligado á decirme á donde vá; —y llevó á los gendarmes á las habitaciones de su padre, diciendo;—registrad cuanto gustéis.

Visitado el dormitorio, entraron á los gabinetes adherentes; mas habiendo llegado á un pasadizo, Leonor se lanzó como una leona sobre el umbral, diciendo.—Quietos: este es el dormitorio de mi madre; está ahora en cama; que ninguno se atreva á poner el pie dentro.

—Perdonad, Señorita, nosotros...

—Os repito, que no entrareis, sino sobre mi cadaver: el Emperador respeta los asilos sagrados de las señoras: son inviolables; decidme á quien buscais, y si está saldrá.

—Buscamos, añadió el Brigadier, á Lorenzo, y á D. Juan.

—Os doy mi palabra de honor que aqui dentro ni el uno ni el otro está: retiraos, y creed á quien no mentiría, aunque con su mentira hubiera de salvar la vida.—

Entonces un gendarme bárbaro y brusco alargó la mano para separar á Leonor; pero volviéndose el Brigadier al soldado con ceño áspero, grito;—qué es lo que haces, infame?—y le dió un golpe en el brazo; Leonor, para dar gracias al Brigadier por tanta cortesía, dejó caer diestramente entre sus dedos un anillo de diamantes que habia co-

gido en el bufete de su padre. El Brigadier se dió por entendido, y como si fuese aquel el anillo de Giges que hacia invisibles á las que lo poseian, dijo.

—Camarada; nos ha dicho la Señorita que aqui nadie se oculta, y debemos creerla;—mas en el momento que iban á retirarse, apareció la Marquesa, y con magestuoso semblante, dijo.—Señores; mi hija es muy delicada: disimulad; ahora ya podeis visitar á vuestro placer toda la habitacion: mi esposo no está.

Los gendarmes alzaron la mano con reverencia; el Brigadier mirando desde afuera, dijo: Señora, ya está visitada, por que mis compañeros y yo la vemos perfectamente desde aqui: perdonadnos la incomodidad que hemos causado; pero nosotros teniamos que cumplir las órdenes de nuestros Gefes.—Dicho esto se dirigieron á otros puntos acompañados siempre de Leonor.

Cuando terminó la visita apuntaba ya la aurora, Leonor les ofreció algun alimento; dió gracias el Brigadier, y salieron del Palacio.

Todos los sirvientes volvieron á sus habitaciones, y algunos se acostaron: Leonor se dirigió al General donde encontró á su padre abatido, echado en un sofá; y lo animó diciendo.—Padre no os movais de aquí: volvió á su madre, y la obligó á acostarse de nuevo; despues miró por las ventanas mas altas y vió que los gendarmes estaban esparcidos al rededor del Palacio y á lo largo del jardin, por lo que ni quiso escribir, ni ir segun lo acostumbraba al peñascal de Lorenzo.

Entre los campesinos se habló mucho aquel dia, y se decia que habian cogido á Lorenzo con algun otro fugitivo. Llegada la noche, se oyó llamar en la puerta; preguntando el portero quién era, se le respondió.—A-

bre, Amadeo.—Se abrió, y era el Brigadier vestido de aldeano que dijo.—Amadeo, se ha acostado ya la Señorita? y habiéndole respondido que no, añadió.—Llamadla en silencio, para que nadie lo sepa.—Oh esto no, repuso el portero; la vais á asustar, y llevar á la cárcel.—Palabra de honor, Amadeo; al contrario, tengo que decirle cosas que la interesan.

El portero dió aviso á Leonor, quien bajando al cuarto de la portería, y viendo al Brigadier, temió mucho.

—No temais Señorita, la dijo el Brigadier: la noche pasada quedé tan admirado de vuestro valor, que he resuelto esponerme á cualquier peligro, para impedir, si me es posible, ó minorar vuestras penas. Los espías imperiales han recorrido toda la isla de Cerdeña, olfateando por todas partes, sin hallar vestigio alguno de vuestro hermano: los magistrados juzgan que el señor Lorenzo no se ha alejado de estos contornos, y que debe estar escondido ó en casa, ó en la de algunos dependientes de vuestro padre; sois prudente, de corazón magnánimo, y ya me habreis entendido.

Aunque Leonor se persuadió que el Brigadier hablaba con sinceridad, no le pareció prudente manifestarse; así es, que dió las gracias por el aviso; pero en cuanto al hermano, dijo, que aunque habia salido de casa sin decir nada, no era de creer que se hallase en aquellos contornos, sino en algun punto donde nadie podria echarle la mano.

—De todos modos repuso el Brigadier, yo he querido avisaros, y que tengais la seguridad, de que si yo recibo la orden de hacer nuevas pesquisas, me comportaré de modo, que ningún perjuicio os sobrevenga: Dicho esto se levantó, y salió furtivamente del palacio, dejando á Leonor muy

reconocida si, pero sumergida en mil temores.

Renováronse muchas veces las sorpresas nocturnas; pero Leonor tenia las cartas de Lorenzo tan escondidas, que nadie podia descubrirlas. No hubo cabaña de D. Juan que no se asaltase de noche, y se registrase desde el techo hasta los cimientos.

Una noche, se dió el asalto al molino que estaba á la orilla del rio, y mientras las ruedas se movian con rapidez, se presentan los gendarmes, y empiezan á registrarlo todo, las tolvas, los cedazos, de suerte que los soldados se pusieron blancos que parecian larvas nocturnas: entraron hasta en el gallinero. Otra noche oscurísima como la boca del lobo, fue asaltada la fábrica de papel; las pilas trabajaban, los mazos estaban en juego: los gendarmes daban golpes diciendo.—*Abre aquí: la justicia, en nombre de la ley.*—Si: tim, tum; un ruido, un estruendo de mazos, de ruedas, de cedazos, que parecia un infierno: con tal estruendo ni los cañonazos se hubieran oido.

Finalmente el director se asomó á la ventana y gritó.—*Quién esta aí?*—*Abre.*—*Verzas?* Aquí no hay.—*Abre bribon.*—*Jabon?* Menos; pero cuando al trasluz vió brillar las carabinas, bajó apresuradamente vistiéndose, y diciendo desde adentro; perdonad Señores, que el ruido nada deja oír: cuando abrió la puerta, saltaron dentro; encendieron muchas luces, y dieron órden para que parasen todas las ruedas. Hecho esto el director los lleva de acá para allá y de arriba abajo; como ya se sabia que buscaban á Lorenzo que creian escondido, los llevaba á ciertos sitios donde les llegaba el agua hasta el cuello, burlándose así de los gendarmes.

Si á causa de estas visitas nocturnas estaba inquieto el corazón de Leo-

nor, no lo estaba menos el de Isabel por la proposicion que se le habia hecho de casarse con Balduino. Las tias bien prevenidas por Ademaro se preparaban ya á darle un asalto formidable. Isabel mientras se disponia la comida, y sus primas se entretenian con las flores, llamó á su doncella Estefanía, escelente jóven que amaba de corazón á su Señora, y la dijo.—Fanina mia, tienes que hacerme un favor, y guardar mucho secreto. En el dormitorio de mi prima Eugenia pondrás otra cama cerca de la puerta, y la de Eugenia al otro lado, de modo que yo pueda meterme en cama sin que ella me vea: es miedosa como una coneja, y se ha empeñado en dormir conmigo.

Yo permaneceré en la habitacion de Eugenia hasta que se acueste, la haré cuatro caricias, y despues la diré.—Vaya, buenas noches; ya me acuesto tambien yo.—Entonces tu te desnudas en silencio, y te metes en la cama.

—Y si me habla? si me llama? si tiene miedo y se levanta, y viene á mi cama creyendo encontrar á la Señorita?—

Nada de eso: déjame obrar: Eugenia suele dormir tan profundamente que ni los truenos la harán despertar.

—Pero al despertarse mañana, conocerá el cambio.

—No; no tengas cuidado; ya sabes que yo madrugo; te sales de la cama, y te vas; yo estaré allí cuando se despierte.

—La amable doncella respondió, que todo lo haria; pero que sentia mucho no poder ayudar á desnudarse á su Señorita.—Ya se yo hacerlo, respondió Isabel; no tengas pena por eso, y despues fue á buscar las primas.

La comida fue alegre y sazónada con mil obsequiosas finezas de parte de Isabel. Concluida esta, llevó á sus huéspedes al valle, donde se divertie-

ron mucho, viendo bajar las muchachas, que salian de las fábricas, y hablaban, y saltaban juntas, y cuando llegaban al tabernáculo de la Virgen de la Agua Santa, la hacian la reverencia, arrodillábanse ante ella, y hacian oracion, hasta que llegando una mas anciana, que era como la capellana entonaba las letanías.

Llegada la noche, y cenando temprano, para levantarse antes de la salida del Sol, con el fin de continuar su viaje al Santuario de Savona, las tias al retirarse, llamaron á Isabel, y comenzaron su asalto, formando como una tela de araña donde se enredase la jóven. Pero tenian que habérselas con una mosca que conocia el ardiz de las arañas, así es que diestramente iba rompiendo todos los hilos, dejando burladas las industrias de sus tias. Entonces, viendo que de este modo trabajaban en vano, la acometieron á cara descubierta. Isabel que las habia vencido en la emboscada que la prepararon, las confundió en campo raso. Despechadas finalmente la digeron.—Que era una obstinada; que el mal seria para ella; que jamas hubieran creido encontrarla tan caprichosa, y con tan poco juicio; que en toda Italia no se le habia de presentar partido mas ventajoso; que Balduino era jóven, hermoso, riquísimo, de finos modales, de magestad soberana, y de una instruccion esquisita. Dichosa la muger en quien él ponga los ojos! Feliz la que tenga la suerte de ser su esposa!—

Isabel, sonriéndose, respondió.—Si este Fenix es tan raro, porque, queridísimas tias, no dirigis esa hermosa peroracion á Severina y Beatriz vuestras hijas? Oh! Si, amables tias mias! Hacedlo; que yo, gustosísima les cedo tanto bien.

—Pero es que Balduino te quiere á ti, Isabel.

—Pues Isabel no quiere á Balduino.—Vaya, me voy, que Eugenia me está llamando; como es tan miedosa no quiere acostarse si nuestras cambras no están juntas.—Buenas noches:—Las dos Señoras se miraron estupefactas, é Isabel corrió al dormitorio de Eugenia, donde la ayudó á desnudarse: Eugenia se quejaba porque habia tardado tanto, y decia, que habia rezado dos veces las oraciones de costumbre, y que nunca venia, que por qué se estaba parlando tanto con las tías; date prisa, Isabel—Dicho esto se metió en la cama.

Entonces Isabel, le ajustó bien las almohadas, le arregló la sobrecama, la dió un beso, y le estiró un poco la nariz, diciendo—Eugenia, entendámonos: entre dia, hablar, correr, alborotar, todo cuanto gustes: pero has de saber, hermosa mia, que en acostándome, ya no me gustan chanzas. Ningun miedo debes tener al bú sabiendo, que cerca de ti está quien te hace la guardia: deja de una vez todas esas tontearias. Con que estás Eugenia; si tu me llamas, me hago la sorda, y no te respondiendo.—Al menos hablemos mientras te desnudas.—No: tengo que rezar mis devociones—Después que las hayas rezado, dame las buenas noches.—No: ahora te las doy. Así prométeme, que no has de chistar.—Te lo prometo.—A Dios.—Eugenia metió la cabeza por entre las sábanas, y cuando Isabel vió á su doncella Estefania medio desnuda, salió en silencio y se dirigió hácia el jardin.

Cuando llegó á la puerta se volvió hácia atras para mirar el palacio, y todo lo observó oscuro y silencioso. Preparó apresuradamente su barquichuelo; miró á tientas el reloj de arena, y conoció que serian sobre las once y media, y empezó á vogar hácia el monte donde la aguardaba Lorenzo:

algunos minutos antes de las doce ya se hallaba al pie del peñascal: el mar á causa del viento abrego estaba algo alborotado; por cuya razon el barquichuelo venia como columpiándose en las olas: la pobre Isabel desde que se iba acercando veia el pañuelo blanco atado á la cuerda, que servia de señal sin poderlo alcanzar. Finalmente, una ola la levantó en el alto, asió la cuerda, ató á ella bien su billete, que al instante subió arriba Lorenzo. Pero mientras que todo ansioso desataba los nudos para coger el papel de Isabel, é iba á atar el suyo y echarlo abajo, el viento que continuaba fuerte, arrojó bastante lejos la navicilla, con grave riesgo de Isabel: sin embargo, se esforzaba cuanto podia para volverse á aproximar á la roca, contra la que se estrellaban con furor las olas, que resonaban en las profundas concavidades del peñasco.

Después de muchos esfuerzos, se aproximó á la cuerda, y al tiempo de apoderarse de ella, levantó el mar olas mas furiosas que la arrojaron á mayor distancia. La cuerda tenia en su estremidad un plomo; mas la grande distancia que habia desde la cueva de Lorenzo hasta la superficie del agua lo hacia por la violencia del viento hondear tanto, que no era facil cogerlo.

Hasta entonces el cielo continuaba sereno, al albor de las estrellas veia Isabel el papel atado á la cuerda, y hacia esfuerzos increíbles luchando con el furor de las olas para apoderarse de él; se aproxima muchas veces, y siempre al alargar el brazo, se levantaba una ola, y la lanzaba á larga distancia. En medio de esta lucha de brazos y angustia de su corazon, la pobre Isabel iba debilitándose y se hallaba como vencida: el mar la bañaba por fuera, el sudor por dentro; su pecho

estaba ansioso y oprimido: latíale el corazón con violencia: sus mejillas estaban abrasadas, caíanle los cabellos por la cara, sus pulsos eran febriles; pero tan grande era el deseo de alcanzar aquel papel, que no pensaba en otra cosa. Iba ha hacer el último esfuerzo; cuando he aquí, que repentinamente ve brillar sobre la roca una gran luz, y detras del brillo oye un espantoso trueno que resonando en las concavidades y valles de aquellos montes, se repetía en formidables ecos: vuelve la vista atras, y ve hacia la parte del mediodia amontonados unos sobre otros densos nubarrones, empujándose y avanzando oscurecidos y furibundos. El viento arrecia, el mar se encrespaba mas y mas, y los nubarrones amenazan engullirla. A vista de tantos peligros de muerte, la infeliz levantó los ojos á la estatua de la Virgen que estaba sobre la cima del monte, gritando.—¡Virgen Santísima, socorrednos!

(Se continuará.)

REVISTA CONTEMPORANEA.

Se está publicando en Francia una obra, cuyo primer volumen tiene este título. Estudios de teología, de filosofía y de historia; publicados por los PP. Carlos Daniel, y Juan Gagarin de la Comp. de Jesus con la colaboración de otros muchos PP. de la misma compañía. Los volúmenes que irán saliendo periódicamente abrazarán muchas materias, y todas interesantes. Ocuparán el primer lugar la Sagrada Escritura, la teología y patristica. Despues la filosofía y la historia; es decir, la ciencia de los principios y la de los hechos; incluirá tambien las ciencias físicas y naturales, y todo lo que se comprende en la palabra literatura:

se agregarán preciosos documentos hallados en antiguos archivos, y los descubrimientos que en los países remotos vayan haciendo los misioneros. Tal es poco mas ó menos el programa de la obra que se anuncia. Para que pueda formarse juicio de la importancia de las materias, indicaremos los puntos capitales del primer volumen que se ha publicado.

I. *De la enseñanza teológica en la Iglesia Rusa:* trátase en este primer punto de las vicisitudes por que ha pasado la Iglesia Rusa, de su condicion presente, y de las mejoras que deben introducirse en los estudios del Clero.

II. *De la exegesis racionalista:* Hácese la historia, y se examina el valor de la exegesis racionalista.

III. *La moral filosófica antes y despues del Evangelio.* Se hace ver la insuficiencia de la razon pura para constituir un sistema de moral; hácese tambien un diligente exámen del libro de *Officiis* de Ciceron, y del volumen *del Deber* de J. Simon.

IV. *La autenticidad de los evangelios y los filósofos paganos en los cuatro primeros siglos de la Iglesia.* Con entera y abundante erudicion y juiciosa critica se demuestra con la autoridad de los filósofos gentiles mas cercanos á los tiempos apostólicos, que los Evangelios deben atribuirse verdaderamente á los autores cuyos nombres llevan, refutanse de paso las calumnias y sofismas de los racionalistas modernos, principalmente de Straus.

Editor responsable:

D. Juan Crisóstomo Arroyaga.

LOGROÑO:

Imprenta de D. Domingo Ruiz.
Calle de la Plaza frente á Portales
núm. 34.